

CHM

BIG BROTHER



con:

Bombi & Charlie
José Martín Bartolomé

Martius Coronado

Enone

Galielón

Mc Encinas

Alberto Miguel

David J. Skinner

Jorge Urreta

Nº11-DICIEMBRE 2015

ESPECIAL DISTOPIAS


CHM

Número 11 – Diciembre de 2015
Especial Distopías

DIRECTOR:
Eustaquio T-Rex

EDITA:
Charmer Productions
Madrid

© Charmers & Charmers, 2015




4/40

Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa
Des/activa miniaturas / Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos página tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos moverlos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y – grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)



Zoom Botones de pg.alante/atrás Compartir o descargar

EN ESTE NÚMERO:

Editorial	3
Mertis	4
Bombi & Charlie	
<i>La biblioteca del reino no mola</i>	7
Jorge Urreta	
<i>Pienso compuesto</i>	10
Charlie Charmer	
<i>En nombre de la libertad</i>	16
Alberto de Miguel	
<i>La decisión de Lomey</i>	22
Bombi Charmer	
<i>La imaginada distopía que fue y será</i>	24
Martius Coronado	
<i>Mañana fue nunca</i>	28
José Martín Bartolomé	
<i>El agujero</i>	43
Tamara Díaz "Enone"	
<i>Libertad o muerte</i>	51
David J. Skinner	
<i>El despertar</i>	52
Mc Encinas	
<i>A nuestra imagen y semejanza</i>	55
Pepo, el estrafalario	



* Silly Roger avisa: si te has bajado esta revista de tantos nidos de piratas como pueblan la red, te han tomado el pelo. Son webs con software malicioso y publicidad que, a menudo, te obligan a registrarte o dar un nº de móvil para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen gratis, sin publicidad ni registros, en un entorno seguro: <http://issuu.com/chorradamensual>

© CHM es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en CHM son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



Editorial

Eustaquío T.Rex

Bienvenido al lugar equivocado.

Pronta a incluir en su diccionario términos tan lamentables como “despelote”, “basurita”, “coach” –“entrenador” de toda la vida-, “bluyín” –mi abuela ya los la llamaba “vaqueros”- o “papichulo”¹, la RAE ha ignorado en cambio hasta el momento “distopía”, por lo que nos vemos obligados a concretar a qué lugar nos estamos refiriendo.

Hay quien dice que lo distópico es aquello opuesto a lo utópico. No estamos de acuerdo. Ambos enfoques literarios consisten en representar los excesos de la realidad en mundos alternativos a modo de experimento político-sociológico en el que, al ser mera ficción los tubos de ensayo empleados, no hay daños que lamentar. En un caso, el espejo que el autor pone ante esa realidad es convexo, acentúa los defectos, y en otro cóncavo, los invierte para devolver un mundo idealizado. Si lo pensamos bien, son dos caras de una misma moneda.

Ni siquiera etimológicamente es defendible la antonimia. Hace ahora justo quinientos años, Tomás Moro inventó un topónimo para bautizar la primera piedra del edificio, *Utopía* (1516) –lit.: “ningún lugar”-. Defendemos que se trata de la obra pionera de un género cuyas manifestaciones más recientes se han dado en llamar, en honor a aquella, distópicas. De hecho, el prefijo dis- significa tanto “anómalo” (muy utilizado en medicina: disfagia, disnea, dislexia) como negación (disculpa, discontinuo). Así pues, utopía y distopía podrían entenderse, simplemente, como sinónimos.

Y ahora que sabemos de qué estamos hablando, no debemos perder de vista el objeto de la distopía. En este terreno, no es el sueño de la razón, sino la propia razón la que produce los monstruos, para alertarnos de que, si no tenemos cuidado, podemos acabar conviviendo con las pesadillas que pretendan abandonar “ningún lugar” para instalarse entre nosotros. Así ha sucedido con los laberintos burocráticos de *El proceso*, la predestinación genética de *Un mundo feliz*, la invasión de la intimidad y la manipulación informativa de *1984*, la censura de *Fahrenheit 451*, el control de los mercados sobre los gobiernos de *Mercaderes del espacio* o el condicionamiento conductual de *La naranja mecánica*. En nuestra realidad cotidiana puede escucharse el eco de la voz de sus autores, gritándonos frente a sus máquinas de escribir: “*Os lo advertí*”. Por eso, el arma más útil para luchar contra la realización de las distopías es la cultura.

De modo que pasen y vean, y sobre todo, tomen nota de las advertencias que las calenturientas mentes de nuestros autores han elaborado para este número especial.

Eustaquío T-Rex.

¹ Todos ellos, y muchos otros similares, han merecido la atención de los académicos el pasado año.

LA LABOR DE CANTERO NO RESULTABA ESPECIALMENTE GRATIFICANTE, PERO LA FELICIDAD DE IKER NO SUFRÍA MELLA A PESAR DE ELLO



PRONTO REGRESARÍA AL HOGAR, DONDE LE ESPERABAN SU MUJER Y SUS CINCO HIJOS

VOLVERÍA A VER EN ELLOS EL MISMO SENTIMIENTO DE SOSIEGO QUE EXPERIMENTABA ÉL. PORQUE LA VIDA ES REGOCIJO SI APRENDES A VIVIRLA





NO RECORDABA QUE NADIE HUBIERA OSADO JAMÁS ATRAVESAR LA BARRERA NATURAL DE LAS MONTAÑAS DE MERTIS. CLARO QUE NO ERA NECESARIO.



CADA DÍA LLEGABAN LOS HELICÓPTEROS CON PROVISIONES Y SE LLEVABAN LA PRODUCCIÓN



PERO IKER SE PREGUNTABA SI VIVIRÍA GENTE AL OTRO LADO Y SI SERÍAN FELICES COMO ELLOS



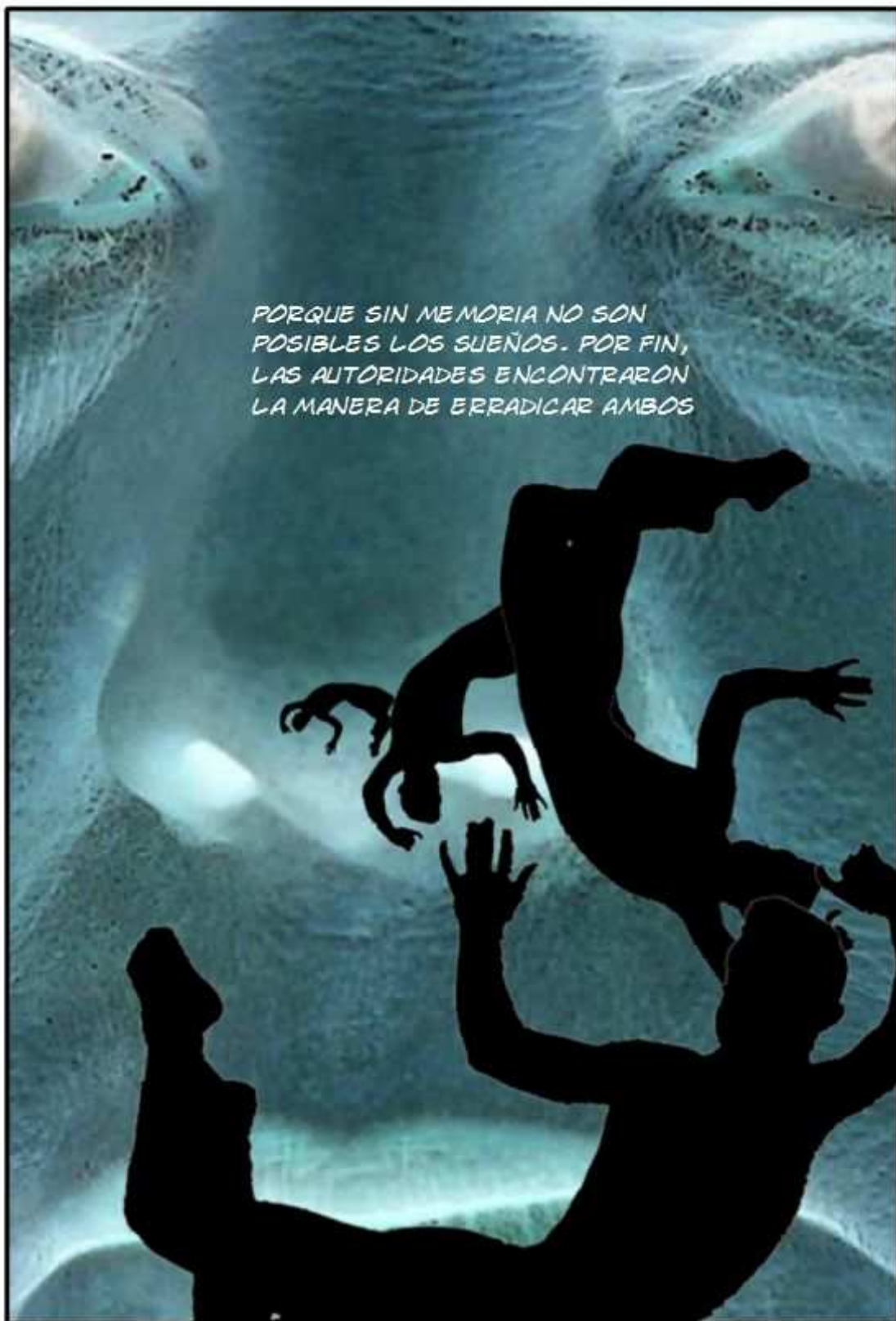
LA CURIOSIDAD LLEGABA A PRODUCIRLE CIERTO DESASOSIEGO MOMENTÁNEO, PERO PRONTO LO SUPERABA

PERO, ANTES DE DORMIR, DEBÍAN PASAR POR LA MÁQUINA QUE BORRABA DE SU MEMORIA CUANTO NO ERA NECESARIO PARA VIVIR EN MERTIS



IKER NO RECORDARÍA AQUEL PEQUEÑO ARREBATO DE CURIOSIDAD, TAN SÓLO LA SENSACIÓN DE FELICIDAD POR EL CUMPLIMIENTO DE SU TRABAJO

PORQUE SIN MEMORIA NO SON POSIBLES LOS SUEÑOS. POR FIN, LAS AUTORIDADES ENCONTRARON LA MANERA DE ERRADICAR AMBOS



LA BIBLIOTECA DEL REINO NO MOLA

[Jorge Urreta](#)

Supongo que no debería haber entrado jamás aquí, y papá me lo recordará si alguna vez logró salir, pero tenía que hacerlo.

No sé cuántas serán las veces que me han podido advertir en contra de este sitio. «Es peligroso». «Muchos entran con vida y nunca salen o lo hacen muertos». «Los que salen vivos ya no son los mismos».

Pensaba que eran memeces, cuentos para asustar a niños pusilánimes y adultos acomplejados —se nota que el otro día aprendí la palabra «pusilánime», ¿verdad?—, pero no imaginaba cuánta razón tenían en realidad. Había oído muchas historias, pero no creía que un lugar llamado «biblioteca» pudiera ser tan aterrador. Tal vez «matadero», «escena del crimen» o quizá incluso «examen de matemáticas», pero ¿biblioteca?

Soy de esas pocas personas que han podido conocer en vida a un bisabuelo, y el mío me habló de sitios como este. Hablaba de ellos siempre en positivo, y yo no podía creer que ya no fuera así. Reconozco también que me intrigaba saber por qué estaban prohibidos, excepto para mandamases y ricos potentados. ¿Por qué un currante como yo no puede entrar en una? ¿Acaso no hay solo libros? Yo he leído multitud de ellos a lo largo de mi vida y no veo que maten a nadie. Fui el primero de mi clase en terminar las crónicas completas del renacimiento del Imperio, y he debido de leer los cuentos de los juglares del Reino al menos cien veces cada uno. ¿Qué libros podría haber en una biblioteca para no poder leerlos?

Primero me llamó la atención que todos los que vi estaban hechos de papel. Me quedé de piedra, yo pensaba que el papel estaba prohibido. Me contó mi bisabuelo que el papel se hacía con árboles, y que cuando la mayoría de árboles estaban moribundos el papel se prohibió bajo pena de cárcel. Los potentados tendrían sus papeles digitales y los proletarios como mi familia papeles tantas veces reciclados que se rompen con solo mirarlos. Y si se te acaba tu exigua asignación de papel mensual, más te vale hacer como los muy antiguos habitantes del planeta y escribir sobre piedra con un martillo y un buen trozo de metal. Algunos se hicieron ricos recuperando artes pérdidas como el grabado en metal. Recuerdo que mi bisabuelo me habló también de que en tiempos antiguos algunos incluso grababan palabras en la madera, pero si el papel implicaba cárcel, alterar la madera, incluso para demostrar tu amor por alguien con un corazón torpemente tallado, pasó a suponer pena de muerte. Tiene cojones que la biblioteca esté llena de grabados en madera.

Mi exnovia me dejó por mi obsesión con la biblioteca. No entendía por qué estaba tan empeñado en querer leer los libros que decían que había allí si nosotros ya teníamos suficientes cosas que leer. Puede ser cierto, pero yo ya no podía más con tantos capítulos de La rana enana y otras cosas que deberíamos haber dejado como mucho a los diez años. Siempre supe que tenía que haber otro tipo de literatura que no me hiciera sentir tonto.

Lo primero que llamó mi atención fue uno de los grabados en madera: «Conoce a tu enemigo». Junto a él varios libros, a cada cual más grueso. Uno de ellos, El discurso del método, yo creía que era una leyenda urbana. Mi bisabuelo me habló algo de él pero yo no le creí, entre que a esas alturas ya chocheaba bastante y que el nombre del tipo que decía que lo había escrito, Descartes, tenía que ser una broma. Luego vi uno de un tal Marx, pero no era de los hermanos Marx, esos que hacían películas de risa. El bisabuelo decía que tiempo atrás las películas de los hermanos Marx no eran mudas y que los diálogos no se parecían a los subtítulos que salen en las copias que vemos ahora, pero tampoco le creí y me daba igual. Yo me parto de risa solo con ver como se mueve Groucho y su forma de andar. Lo que sí creí de lo que me decía era que lo que Groucho llevaba en la boca se llamaba «puro». En la escuela ya nos enseñaron lo que era y la manera en que el gobierno lo prohibió por lo dañino que resultaba. Estos antepasados eran bastante tontos, metiendo en sus cuerpos humos que oscurecen los pulmones y bebidas que pudren el hígado. ¿No querían vivir muchos años?

Lo que no consigo comprender es qué hacen con puros los tipos que me observan. Tres gordos fumadores sentados en una mesa mirándome de arriba a abajo. Parece una película de humor del siglo XX.

—¿Qué tenemos aquí? —dice el primero de los gordos. Creo que nunca había escuchado una voz tan ronca.

—Parece un listillo de esos que no saben quedarse en su sitio, número uno —dice otro de los gordos—. ¿De dónde piensas que habrá salido, número tres?

—Apuesto, número dos —dice el tercer gordo tras carraspear un poco—, que es uno de esos proletarios de baja estofa del sector trece. Seguro que se ha hecho con una copia ilegal de Los juegos del hambre y se le ha subido la revolución a la cabeza. ¿De dónde has salido, mequetrefe?

—Yo me llamó Germán, me parece que me confunden con alguien. Conozco a un Melquíades en el sector trece, y mira que es un nombre raro, pero Mequetrefe no me suena.

—¿Qué opinas, número uno? —dice número dos—. ¿Sarcasmo o gilipollez extrema? ¿Tenemos ya su expediente?

—Aquí mismo, número dos. Cociente intelectual suficientemente alto como para que le dé por querer descubrir los secretos de la biblioteca pero en la media. No tengo claro si daría para el sarcasmo.

—¿Qué es sarcasmo? —digo sorprendido.

—A mano vuelta te daba yo ahora una hostia que te iba a sacar los empastes, si no fuera porque ya hemos superado la odontología antigua —dice número tres.

—¿Qué?

—Déjalo, número tres —dice número uno entre risas—, está claro que la ironía no es lo tuyo. Déjame adivinar chaval: alguien te dijo que en la biblioteca estaban todos los secretos del universo.

—Mi bisabuelo decía que aquí había muchos libros. No entiendo por qué no puedo entrar a leerlos. Si es por dinero puedo pagar. Tengo un buen trabajo.

—No es dinero lo que se necesita para entrar aquí. Bueno, reconozco que has tenido cojones para entrar, eso es cierto, pero hace falta otra cosa para poder quedarse.

—¿Qué?

—Estatus, lumbrera, estatus —dice número uno—. Eso es lo que tenemos todos aquí. Sin estatus no podéis entender estas obras. Os confunden y os dan ideas que no podéis asimilar. No es bueno para vosotros.

—¿Tan peligrosas como esto? —digo alborozado mientras lanzo un objeto a la mesa.

No lo esperan y no saben lo que es. La explosión les coge de sorpresa y no pueden reaccionar a tiempo. Número uno pierde un ojo y varios dedos. Número dos sólo dedos, pero al estar más cerca del objeto queda ensordecido por el ruido y está desorientado. Número tres parece haber salido mejor parado pero su cara muestra un terror mayor que el que jamás haya experimentado en su vida.

Cuando vi el título de aquel tomo, Libro de cocina del anarquista, pensé que sería de algún país que no conozco llamado Anarquía, en definitiva siempre fui malísimo en geografía. Cuando vi algo sobre hacer explotar cosas me encantó, hacía tiempo que no veía unos fuegos artificiales. Nunca hubiera imaginado esto si soy sincero. Esperaba unas luces y algo de ruido y tal vez huir en la confusión. La rana enana alguna vez huye de sus enemigos del bosque levantando nubes de polvo y tierra.

No sé, quizá tenían razón cuando decían que los proletarios del sector trece no podemos entender los libros de la Biblioteca del Reino. Pero, ¿quién es más tonto? ¿El tonto que hace tonterías o el listo que las propicia?

Bueno, supongo que debería salir de aquí antes de que lleguen número cuatro y los demás.



FIN

Pienso compuesto

[Charlie Charmer](#)

K sacó la garra del agujero con una enorme termita agonizante clavada en ella y la echó en la bolsa que llevaba colgada a la espalda, repleta de isópteros cuya ansia de celulosa había terminado resultando igualmente letal. Comprobó con el rabllo de sus enormes ojos que el saco estaba ya casi lleno: podría retirarse antes incluso de que amaneciera.

En Altan Ula, los mononykus² como K comenzaban la jornada al esconderse el sol en el horizonte y no cesaban de vaciar termiteros y árboles infectados hasta que abarrotaban con ellos los contenedores que tenían asignados en la base, lo que habitualmente sucedía bien entrada la mañana. Aquellos densos bosques de araucarias de más de sesenta metros proveían de trabajo a toda la comunidad alvarezsáurida, la única cuyas características físicas permitían desarrollar esta labor con eficiencia. A cambio, sus conciudadanos se encargaban del resto de tareas, como los tarbosaurios del comercio o los protoceratops de producir el nutritivo *dinosoma*.

Mientras regresaba a la base, K iba cantando algunos de los himnos con que solían acompañar la “reflexión comunal” al comenzar la jornada. Así evitaba pensar que llevaba sobre la espalda a todos aquellos repugnantes seres que se alimentaban unos a otros defecando en sus bocas.

- 🎵 El trabajo os hará libres, la ignorancia da la felicidad, honremos a Baatar que nos protege de todo mal... 🎵
- ¡Eh, K! ¿Te vas ya? –le interrumpió B, un shuvuuia³ atento y cortés, con el que mantenía una cordial relación.
- ¡Pájaro! ¿qué tal? Sí, me voy. La noche me ha cundido.
- Ten cuidado. Procura evitar el paso del arroyo. L dice que han visto huellas recientes de oviraptóridos por allí.
- Gracias, B. Así lo haré.

En cuanto perdió de vista a B, la cordial sonrisa de K se transformó en una grotesca mueca de desprecio. El sendero de regreso bajaba a la base evitando el arroyo pues, a medida que el sol ascendía sobre el firmamento, sus destellos sobre el agua lo transformaban en un lugar poco adecuado para los sensibles ojos de los mononykus. Pero la aurora aún no había despuntado y K tenía ya decidido tomar aquel atajo, como seguramente había deducido el aguafiestas de B, que no podía soportar la idea de que su vecino disfrutara del merecido descanso mientras él seguía hurgando en busca de insectos. Todo el mundo sabe que, aunque ambos alvarezsáuridos están provistos de hermosas plumas, los shuvuuia envidian las que adornan las vistosas colas de los mononykus.

² Terópodo alvarezsáurido de fines del Cretácico. Bípedo, de un metro de largo y unos tres kilos, poseía un único dedo con una larga uña en sus extremidades anteriores. Debió estar cubierto de plumas y sus grandes ojos apuntan a hábitos nocturnos.

³ Alvarezsáurido emplumado de unos 60 cms. y poco más de dos kilos, cuyo nombre significa “pájaro”.

Por supuesto, K hizo caso omiso a las estúpidas e insidiosas advertencias de B y a los pocos minutos estaba cruzando el arroyo. Como esperaba, no encontró allí huella alguna de bárbaros. Más aún, la única señal de vida que pudo constatar fue la fugaz aleta de un pez teleosteo al que posiblemente había despertado chapoteando al atravesar la corriente. Al otro lado, las coníferas daban paso a un bosque de cicadáceas en el que no faltaban tampoco elegantes palmas y doradas gramíneas. El alba refulgía ya a través de las copas de los árboles y a K se le escapó un gorgorito de satisfacción:

- Ko-ko-ri-kóooo...
- Algo desafinado, pero muy a propósito –dijo una voz a su espalda.

K se volvió. Una saichania⁴ de más de dos toneladas blandía amenazante el descomunal núcleo óseo que remataba su cola, capaz de quebrarle todos los huesos de un solo golpe al saurio más pintado; a su lado, un no menos pavoroso nomingia⁵ chasqueaba el pico, riéndole la gracia. K lamentó haber desconfiado de B, y después se desvaneció.

Cuando despertó, K se encontraba en una jaula cubierta por un tupido paño. Trató de tirar de él, pero tenía las patas traseras sujetas al suelo por algún tipo de argolla o correa y con las garras delanteras no llegaba. De modo que intentó apartarlo con el pico, pero debía estar atado a algún tipo de contrapeso porque sólo consiguió separarlo algunos centímetros de la estructura y cuando lo soltó para tirar de otro extremo volvió a ajustarse al contorno de su celda. También probó a mordisquearlo para, al menos, abrir un agujero que le permitiera observar el exterior, pero la postura que debía adoptar era muy forzada y le costó un triunfo agarrarlo entre sus dientes; además, cuando abrió el pico para lanzar la siguiente dentellada, el contrapeso tiró del lienzo y se le volvió a escapar. Lo intentó varias veces y, en una de éstas, se mordió la lengua y se hizo sangre. Por si fuera poco, el tejido era realmente firme y su sabor tan repulsivo que terminó desistiendo.

Explorando con el pico el interior de su calabozo descubrió que, al menos, habían tenido la atención de dotarlo de un bebedero con agua y un cuenco con algo de comida. Seguramente, le querían vivo con objeto de torturarlo para que les facilitara información sobre los puntos débiles de la ciudad. Todo un detalle por su parte. Pero K no se quería convertir en un mártir antes de tiempo, de manera que dispuso de aquellos presentes tratando de ignorar el abyecto fin que pudieran tener. El agua era realmente fresca y se notaba que estaba recién cogida del arroyo, de modo que se enjugó el gáznate a placer, pero al hincar el diente al contenido del comedero se llevó una desagradable sorpresa: lo habían llenado de nauseabundas larvas de termita. Estuvo escupiendo hasta que volvió a quedarse seco y, entonces, regresó al bebedero y lo vació por completo. Aquella broma de mal gusto hizo pensar a K en una vil represalia. Aunque se le escapaba porqué, su ocupación no era del agrado de sus captores.

K pasó las siguientes tres o cuatro horas recostado en el suelo con la cabeza sobre el lomo, pensando en el horrible destino que aquellos bárbaros le tendrían dispuesto. Recordó los sádicos cuentos que aterrizaron su infancia, en los que el oviraptor feroz devoraba a niñas

⁴ Anquilosaurio de siete metros con coraza también en la zona ventral. Significa “hermoso” en mongol.

⁵ Oviraptórido cenagnátido de dos metros cuyo pigóstilo sugiere una cola con un abanico de plumas.

imprudentes o derribaba las inestables casas de los tres shuvuuias. Y luego estaban los espantosos testimonios que contaban durante la “reflexión comunal” quienes habían sobrevivido a sus carnicerías. Aunque tenía algunas dudas sobre su veracidad, puesto que él mismo se sintió obligado una vez –todos lo hacían- a narrar una de aquellas “experiencias” y, pese a que nunca había visto de cerca a ninguno, describió con todo lujo de detalles como al visitar a unos parientes lejanos en Djadochta fue testigo de cómo una horda de citipatis⁶ descuartizaba a un grupo de incautos jóvenes que habían salido al campo inocentemente de excursión.

De pronto, unos pasos atropellados irrumpieron en la estancia donde colgaba su jaula y K supo que su suerte estaba echada. Pudo distinguir una voz femenina, que dijo “¡Ay! estate quieto, tonto”, y otra masculina que le respondió “Anda, ven aquí”. Sus soeces risas se alteraban con extraños sonidos –algo así como “muack, muack”- entre los que K creyó escuchar algún gemido que tampoco fue capaz de interpretar. A partir de ahí ya no volvieron a hablar, pero los suspiros y jadeos fueron aumentando en frecuencia e intensidad hasta que la voz masculina emitió un intenso gruñido. Después, se hizo el silencio durante un tiempo y, entonces, la voz femenina, que K había identificado ya como la de la saichania del bosque, dijo:

- Tengo que enseñarte algo.
- Mmmm. Creía que ya lo te había visto todo...
- No seas idiota. Es algo que encontré esta mañana en el bosque.

El velo de la jaula se corrió y la luz la invadió de golpe, obligando a K a cerrar los ojos.

- ¿No es una monada, Atila? –dijo la saichania- Lo encontré paseando con mi aya por el bosque de araucarias, cerca de Altan Ula.
- Pero, ¿para qué...? –los ojos del robusto tarchia⁷ se desorbitaron.
- ¿No te gusta? Le oí cantándole al alba y me dije: “he aquí un hermoso despertador para comenzar el día”. Anda bonito, canta, canta...
- ¡La madre que os parió! –dijo K, entreabriendo los ojos usando la garra de minúscula visera y visiblemente molesto al saber la causa de su cautiverio, mucho menos romántica de cuanto había imaginado.
- ¡Pero... si puede hablar!
- Pues claro, Sasha –le aclaró Atila-, no deja de ser un ornitomimosauriano. No sólo saben cantar.
- No. También sé quejarme. Pero no esperes oírme suplicar por mi vida.

El imponente tarchia se aproximó a la jaula y K pudo sentir cómo, al calor del aliento que escapaba por las fosas nasales del tireóforo, las piernas le dejaban de responder y perdía el control de los esfínteres.

- ¡Vaya, qué valiente! –dijo Atila, tapándose las fosas nasales- No te preocupes, saurio, que a nadie aquí le interesa tu vida. -Entonces, se volvió hacia Sasha- Quédatelo si quieres, pero se te va a morir.
- ¿Por qué? –dijo ella.

⁶ Oviraptóridos de tres metros con cresta que se han encontrado fosilizados anidando sus huevos.

⁷ Anquilosaurio de más de ocho metros y cuatro toneladas. Su nombre procede del mongol *tarkhi*: cerebro.

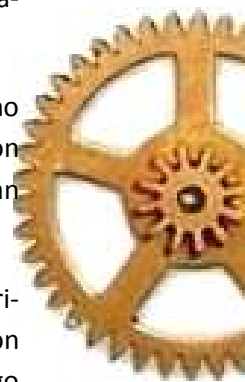
- Sí, eso, ¿por qué? –dijo K, mostrando aún mayor interés.
- Los mononykus ya no comen termitas. Eso lo hacían cuando eran libres.
- ¡Ah! Vaya... Pues yo había leído... -dijo Sasha.
- ¿Cómo que “cuando éramos libres”? ¡Ahora es cuando no lo soy! –K trataba de mantener un mínimo de dignidad, pero el tufo de su reacción tras la última bravata, aún presente en la estancia, le desinfló un poco- Perdonen, pero no recuerdo haber comido jamás termitas. Me descompongo sólo de pensarlo...
- ¿Otra vez? ¡No, por favor! –se burló Atila.
- Y ¿qué es lo que coméis? –preguntó Sasha.
- Dinosoma, por supuesto –contestó K.
- ¿Dino... qué?
- Es un compuesto que les preparan los protoceratops por encargo de los tarbosaurios – aclaró Atila, ante la incapacidad manifiesta de K para explicar de qué estaba hecho el producto que cada día le suministraban tras acabar su trabajo-. Contiene bromuro para anular la libido –cuando desciende el nivel demográfico, dejan de añadirse al compuesto-, opiáceos de efecto analgésico y para dar sensación de bienestar, y benzodicepinas contra la ansiedad –en dosis bajas para evitar la somnolencia, alteraciones de la memoria, atención y concentración más allá de lo deseado-. Pero aparte de una masa conformista, los tarbosaurios necesitan trabajadores activos, así que la mayor parte del *dinosoma* son vitaminas y proteínas.

K no fue capaz de reaccionar. Sabía que los bárbaros eran unos sádicos de los que uno no se podía fiar, lo oía cada día en la “reflexión comunal”. Pero no alcanzaba a imaginar con qué objeto aquel tarchia se estaba inventando todo aquello. Y no dejaba de sorprenderle cuando pormenorizadas eran sus explicaciones. Sin embargo, Atila no había terminado.

- Los tarbosaurios llevan generaciones manipulando genéticamente a los alvarezsáuridos para hacerles más productivos. Con los mononykus han tenido más éxito que con los shuvuuias: han conseguido crear una raza de seres con una sola garra. Sin embargo, hay instintos que se resisten al laboratorio y permanecen latentes. Son muchos siglos devorando termitas. Así que, desde la más tierna infancia, les someten a intensas terapias de conducta condicionada hasta que acaban aborreciendo a los insectos.
- Eso es absurdo –dijo K-, no tiene sentido. Nuestro trabajo consiste en sanear los árboles, librándolos de parásitos. Podríamos hacerlo del mismo modo comiéndonoslos.
- Pero dejarías de recolectarlos en cuanto estuvierais satisfechos. De este modo acabáis con un volumen cien veces mayor.

Las palabras del tarchia irritaron bastante a K.

- Baatar se preocupa por la naturaleza, ¿por qué iba a escuchar a un bárbaro que sólo vive para destruir?
- ¡Oye! –dijo Sasha- No te consiento ese tono. En Barun Goyot somos gente civilizada y...
- Déjalo, Sasha –dijo Atila-, le han condicionado para rechazar a todo el que vive al otro lado de los muros de su ciudad. Nos llaman “bárbaros”, despectivamente. Aunque yo creo que el verdadero bárbaro es Baatar, su rey.
- Nosotros no tenemos rey, somos una república –gritó K.



- Ya. Una república en la que ningún diputado replica jamás lo que dice Baatar, cuyo nombre significa “héroe”, al que veneráis y habéis dedicado varios templos en los que se le rinde culto, un dios viviente nada menos. Una república que sólo gobierna en interés de los comerciantes y donde la producción es la única ley. ¿Sabes por qué tienen los tarbosaurios tanta preocupación por las araucarias? Porque es el alimento de hadrosaurios y saurópodos. Para un tiranosáurido como Baatar, un pequeño mononykus no sirve ni de aperitivo. Para saciarse necesita al menos un par de muslitos de ne-megtosaurus o, por lo menos, un buen chuletón de saurolophus.

K escuchó impertérrito aquella sarta de insidiosas difamaciones. Nunca le había faltado el trabajo ni el *dinosoma* en Altan Ula. No tenía motivos para desconfiar de sus ídolos y menos por lo que saliera de la boca de un bárbaro al que no le temblaba el pulso para devorar a las pobres niñas que se extraviaban en el bosque. Él mismo estaba allí enjaulado y lo más seguro es que le acabaran sirviendo en algún obsceno banquete.

- En Altan Ula no tenemos esclavos. Todo el mundo es libre.
- Eso es lo que creéis –dijo Atila.
- Tampoco en Barun Goyot tenemos esclavos –intervino Sasha, algo molesta.
- Entonces, ¿por qué estoy encadenado dentro de una jaula cubierta con una capucha? –espetó K a la saichania.
- Te... te dejé ahí arriba para que nadie te pisara –se disculpó Sasha, avergonzada por no haber calculado bien los efectos psicológicos de su iniciativa-. Te aseguré al suelo de la jaula para evitar que te golpearas con los barrotes si un golpe de aire la zarandeaba. El velo es porque leí que os molestaba la luz diurna. Disculpa si te he hecho sentir mal.
- Entonces... -dijo K- ¿me puedo marchar si quiero?
- ¡Por supuesto! –dijo Sasha, procediendo a abrir la puerta de la jaula y soltar las argollas que sujetaban las patas de K.
- Las cosas no son siempre lo que parecen –añadió Atila, en cuyas palabras K creyó percibir una admonición que excedía el reducido espacio de su celda.

El mononykus abandonó su confinamiento de un salto. Antes de marcharse, se volvió para echar una última mirada a los anquilosaurios. Era cierto, no iban a oponerse a su marcha. Tal vez no eran tan mala gente como había pensado. Aunque, en lo que se refería a las costumbres de Altan Ula estaban, obviamente, muy mal informados.

- Hasta luego. Ha sido un placer conocerles.
- ¿Cómo te llamas, amigo? –preguntó Sasha.
- K.
- ¿Ni siquiera podéis tener un nombre completo? –dijo Atila- ¿Te das cuenta de lo que le importas a tu gobierno?

Ignorando el comentario de Atila para no ser descortés con quienes tan graciosamente le habían liberado, K abandonó la estancia y, de una veloz carrera, se internó en el bosque.



Hacia poco que las copas de las araucarias se habían comenzado a fundir con el ocaso, proyectando sus gigantescas sombras alargadas sobre el sotobosque. Mientras el sol se escondía, la luna había ocupado ya su sitio en el centro del firmamento. Una bandada de pteranodontes hizo visible sus siluetas al pasar frente al satélite antes de volver a desaparecer dentro de una nube. Abajo, en un pequeño claro del bosque, un grupo de alvarezsáuridos celebraba su habitual “reflexión comunal” antes de encaminarse a cumplir con sus obligaciones cotidianas.

- 🎵🎵 El trabajo os hará libres, la ignorancia da la felicidad, honremos a Baatar que nos protege de todo mal... 🎵🎵

L contó una terrible historia sobre unos anquilosaurios que había encontrado en el arroyo desollando a una pobre anciana extraviada y todos escupieron al suelo y maldijeron a los bárbaros. Acabada la ceremonia, cada cual se echó el saco a la espalda y se dirigió a la zona que le tocaba desparasitar. Justo antes de internarse entre los helechos, B saludó a K.

- ¡Vaya, si es K! Me tenías un poco preocupado. No te vi ayer.
- Te confieso que salí hasta tarde y me pasé la noche resacoso en la cama. Ya no tengo edad para hacer excesos.
- Pues tengo que agradecértelo porque, gracias a que no tuve que competir contigo, me llevé una ración extra de *dinosoma*. Disculpa que no te guardara nada, pero ya sabes que se estropea si no se consume pronto.

K sabía que, en el fondo, aquello no era más que un cumplido, pero B tenía la facultad de hacer que todo sonara del peor modo posible.

- Oye B, te has preguntado alguna vez porqué nunca tenemos ganas de... bueno, ya sabes.
- ¿De...? –B echó su largo cuello hacia atrás, arrugando el entrecejo- ¿No me estarás proponiendo alguna guarrería, verdad?
- Olvídalo –dijo K, acompañando un gesto con la garra como si apartara algo a un lado.

Los alvarezsáuridos se despidieron y se encaminaron canturreando a sus respectivos destinos. Una suave brisa nocturna agitó agradablemente sus plumas mientras se internaban en la foresta. Olía a tierra húmeda y a musgo. Comenzaba una nueva jornada en los bosques de coníferas de Altan Ula.

EN NOMBRE DE LA LIBERTAD

Alberto Miguel

Solomon se incorporó de la cama, confuso. Examinó a su mujer con la mirada mientras trataba de comprender el inquietante sueño que le había atormentado toda la noche. Nunca antes había soñado nada parecido. Abrió el armario de nogal que se encontraba frente a la cama y agarró su uniforme laboral, que constaba de una camiseta blanca con una americana negra en la que se hallaba cosido el logo de la empresa y unos pantalones de vestir oscuros. Se vistió lentamente, aún reflexionando acerca del significado de la terrible escena que había soñado.

Su vida rozaba la perfección: vivía en una de las mansiones más lujosas de la ciudad; estaba casado con una mujer preciosa, de pelo rubio, ojos azules y labios carnosos, con la que tenía un hijo de cuatro años que le hacía ser más feliz; y trabajaba en una de las empresas más reconocidas de la ciudad, llevando la administración de la empresa. Su jornada laboral era de veinticinco horas semanales pero tenía un sueldo sustancioso, lo que permitía vivir sin preocupaciones ni ansiedades. No era capaz de concebir una vida mejor.

Y por esa razón le preocupaba el sueño que esa noche había tenido. No conseguía hallar ningún suceso en su vida que le hubiese conducido a soñar esa horrenda pesadilla. Constantemente se preguntaba de dónde podía provenir ese sueño, qué podía significar, qué relación tenía éste con la realidad. Imágenes del sueño se sucedían en su mente, como si de fotografías de una película se trataran.

Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia su coche. Condujo durante veinte minutos mientras contemplaba maravillado los enormes rascacielos que se sucedían en una calle ancha repleta de automóviles que avanzaban lentamente. Las paredes vidriosas de los edificios resplandecían recibiendo la luz del Sol, y la ciudad transmitía una sensación de paz y alegría. Miles de personas caminaban por las aceras, avanzando en dirección a sus lugares de trabajo o simplemente deambulando por la ciudad, admirando la grandeza y majestuosidad de la ciudad en su conjunto.

Llegó a su trabajo y, tras cruzar la puerta principal, subió en el ascensor hasta el piso número 48. Esa planta estaba constituida por un largo pasillo a cuyos lados se encontraban decenas de oficinas en las que trabajadores realizaban sus respectivas funciones. Era una escena rutinaria, cada día observaba desinteresadamente cómo sus compañeros llamaban por teléfono, diseñaban programas informáticos o creaban mensajes publicitarios. Avanzó hasta la oficina número 206 y se detuvo ante la puerta. Un dolor agudo comenzaba a atacar su cabeza, pero trató de ignorarlo y entró.

Era una pequeña sala repleta de archivadores donde se encontraba una mesa sobre la que reposaba un ordenador. No había nada especial en su oficina; todas eran iguales. Pero ese detalle le resultaba una nimiedad, pues él era feliz en su trabajo. Su tarea era simple y rutinaria: únicamente debía introducir unos datos en el ordenador que recibía a través de una pantalla situada en la pared. Todos los días repetía el proceso, una y otra vez. Pero Solomon disfrutaba de su trabajo, y nunca se había planteado cambiarlo.

Se disponía a comenzar con su rutina laboral cuando un intenso pitido que resonó en su cabeza le obligó a tirarse al suelo. Se tapó los oídos y comenzó a gritar, pero el agudo sonido iba creciendo, cada vez más intenso, cada vez más insoportable. Una sensación de incorporeidad invadió su cuerpo, y la cabeza comenzó a darle vueltas. Comenzó a retorcerse a causa del fortísimo dolor, golpeando el suelo con las piernas. Sentía como si su columna vertebral se

resquebrajara, como si algo en su cabeza se hubiese roto. De pronto escuchó un chillido agudo, proferido por una mujer, y se desmayó.

“¡El paciente 206 ha despertado! ¡206 en modo activo!” Esas eran las únicas palabras que Solomon era capaz de percibir. Se sentía totalmente cambiado. Esa antigua tranquilidad que desprendía en cada aliento había sido sustituido por un pavor y un desconcierto que le inquietaban profundamente. Lentamente, abrió los ojos, sin poder reconocer dónde estaba. Su oficina había desaparecido, y se encontraba en el interior de una cápsula. La abrió, desorientado, y se incorporó. Se hallaba en una gran sala oscura, donde se sucedían filas repletas de cabinas como la suya. Vio como una doctora se acercaba rápidamente hacia él, repitiendo constantemente las palabras que él había escuchado al despertar.

Salió de la cápsula, y al volver a mirarla apreció un nombre grabado en su superficie: Harry Knight. No era capaz de entender por qué ese nombre estaba inscrito donde él se encontraba, pero no había tiempo para detenerse a reflexionar. Comenzó a correr por el pasillo, tratando de marcharse de aquella sala. Creía que había dado con la salida, debido a la luz que desprendía, pero, al alcanzarlo, se dio cuenta de que era solo una gran ventana. Se asomó por ella y, antes de que pudiese resistirse, una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo y volvió a su estado de inconsciencia.

Al reabrir los ojos, la situación había vuelto a cambiar completamente. Ya no se hallaba en la sala luminosa de antes, sino en una oscura celda tenuemente iluminada por una vela. Reposaba sobre el frío suelo, semidesnudo, únicamente con unos calzoncillos que cubrían su ingle. Temblaba, debido a las gélidas corrientes de aire que recorrían la celda. Miró a su alrededor, verificando que se hallaba solo. Fue entonces cuando se percató de una pequeña cámara, hábilmente escondida, que le vigilaba silenciosamente; cada respiración, cada paso que diera sería analizado por ellos. ¿Pero quiénes eran “ellos”? ¿Por qué le habían hecho todo esto? Lo que Solomon más deseaba en ese momento era poder regresar a su casa con su familia.

Avanzó hasta la reja, cuyo tacto áspero y frío le congelaba. La celda era pequeña, una especie de sala metálica en la que no había cama, ni banco, nada para poder sentarte o descansar. La única opción era tenderse sobre el suelo helado. Solo podía deambular por ella, mientras trataba de entender todo lo que estaba viviendo. Era como si de otra realidad se tratara, como si se encontrase en medio de la más terrible pesadilla. Pensaba en estas cosas cuando escuchó unos pasos acercándose.

Las rejas se separaron automáticamente. Se podía escuchar claramente la voz de un hombre, que gritaba: “¡Harry Knight, a la sala de rehabilitación!”. Inmediatamente después de escucharlo, Solomon sintió como varios brazos tiraban de él, mientras recibía una serie de dolorosas patadas que le hicieron caer al suelo. Le agarraron y le llevaron fuera de la celda. Si trataba de desprenderse de ellos, recibía un fuerte golpe en la nariz, que le producía un intenso sufrimiento. El hombre que había proferido esas palabras avanzaba al frente del grupo. Uno de los que le agarraba le propinó un duro golpe en la cara, y volvió a desmayarse.

Solomon se despertó por tercera vez, y se encontraba en una sala de un color blanco tan artificial que hacía daño a la vista. Estaba apesado en una silla, y sabía que por más que lo intentase no sería capaz de liberarse. Un hombre vestido como uno de los guardas que le habían conducido hasta allí anteriormente le miraba fijamente. Su cara rígida estaba totalmente seria, imperturbable, impasible. Sus ojos estaban cubiertos por las lentes oscuras de las gafas, pero sus cejas formaban una V que no transmitía ninguna seguridad. Cuando se percató de que el “paciente 206” había vuelto a estar consciente, vociferó potentemente: “¿Cómo pudiste despertar?”. Y el primero de los múltiples golpes que le propinarían le alcanzó en la mejilla derecha.

“¿Cómo? ¡¿Cómo?! ¡Contesta!”. Cada pregunta iba seguida de un puñetazo, cada vez más doloroso. Solomon no era capaz de entender nada. “¡No sé nada, no sé de qué me habla!”. El guarda, contemplándole, esbozó una sonrisa y se dio la vuelta lentamente. “Dime, ¿quién eres?” “Me llamo Solomon Stryke”. Una páfida risa resonó por toda la sala. “No existe ningún Solomon. Nunca ha existido. Tu verdadero nombre es Harry Knight. Todo lo que pretendes saber, todo lo que piensas haber vivido, es falso. Nunca han existido ni tu esposa, ni tu hijo, ni tu fabuloso trabajo. Todo ha sido una mentira que te hemos obligado a creer. Toda mentira que se acepta se convierte en verdad. Has vivido en un sueño, una ilusión, una mera fantasía”.

Harry estaba asustado como nunca antes. Todo en su cabeza se había desmoronado. El miedo a que fuera verdad le obligaba a negarlo. No es posible, se repetía constantemente. El mundo había cambiado radicalmente. ¿Por qué le habían hecho esto a él? ¿Por qué había vivido en un engaño? “Nunca debiste haber nacido. Nosotros te dimos una segunda oportunidad. Al parecer, también la rechazas. No tenías que haber despertado. Jamás”. El guarda comenzó a llenar una jeringuilla, y Harry comenzó a retorcerse, tratando de salir de allí. El terror había asesinado a la cordura y se había impuesto en su mente, dominando todo su ser, obligándole a temblar y luchar por su vida. El hombre se dio la vuelta y se le acercó lentamente, con la jeringuilla en la mano. “Bueno, aún nos queda otra alternativa. Ya que no te ha gustado el sueño, probarás la pesadilla”.

Y entonces le inyectó la dosis. Harry notó como un gélido escalofrío le recorría todo el cuerpo, perdiendo el control de su propio ser, moviendo brazos y piernas sin que él lo quisiera. Los ojos se volvieron totalmente oscuros, opacos, sin reflejar ninguna luz, mientras que en su mente la droga había comenzado a hacer efecto. Colores demasiado brillantes y sonidos chirriantes se mezclaban en la peor pesadilla que jamás habría concebido. Gritos de mujeres indefensas, niños desconsolados y ancianos olvidados se fundían con voces hasta entonces desconocidas que chillaban en tonos inalcanzables para la voz humana. Los colores difusos y luminosos comenzaron a transformarse en figuras bien definidas de personas, consiguiendo distinguir a su mujer y a su hijo, llenos de sangre y con la mirada perdida. Escuchaba unas carcajadas diabólicas de fondo, mientras su angustia y su desesperación aumentaban a cada segundo. No era capaz de sentir nada, no podía escapar de esas terroríficas escenas. Trataba de gritar, pero no le salía la voz. Múltiples pitidos más agudos de lo que el oído humano pudiera soportar se fusionaban y creaban un ruido insoportable que aumentaba de volumen en su cabeza. Estaba a punto de sucumbir a la locura cuando todo aquello desapareció y se volvió oscuro.

Harry volvió a despertar en la celda. Al paso de los días, se acostumbraría a ella. Cada mañana volvían a llevarle a la sala de rehabilitación, le maltrataban y le administraban esa droga que le hacía experimentar la locura extrema. No era capaz de soportarlo. Estaban cambiándole por completo. Le hacían dudar de su propia cordura, incluso de su propia existencia. Cada vez estaba más apagado, más desesperanzado, deseando más la muerte que la vida. Comenzaba a lamentar que hubiese nacido.

Una de esas noches frías y solitarias, mientras se hallaba tumbado en el gélido suelo de la celda, escuchó como una voz pronunciaba su nombre. Levantó la cabeza, lentamente, y miró hacia el lugar de donde procedía aquel sonido. Contempló a un hombre vestido de guarda, pero que no era capaz de reconocer. Era algo insólito; en todo el tiempo que él llevaba allí (imposible de calcular, la droga le hacía perder la noción del tiempo) siempre había visto a los mismos hombres vigilándole. Volvió a llamarle, esta vez con más urgencia, y Harry se incorporó. Era un hombre joven, rubio y corpulento, con una cicatriz que le dividía la cara en dos. Era algo más alto que él, y transmitía seguridad. “Venga, date prisa, no tenemos mucho tiempo”. Le abrió las rejas y pudo salir, al fin.

El rubio le guió por ese complejo edificio hasta la salida, donde les esperaba un coche, muy similar a los que él había visto mientras estaba dormido. Hasta entonces nunca se había

percatado de lo grande que era el complejo donde se hallaba, pues la mayor parte de la veces el viaje de la celda a la sala de rehabilitación lo hacía inconsciente, y el tramo de vuelta, bajo los efectos de la droga. Una vez dentro del vehículo, el rubio que le había rescatado le miró, esbozando una cálida sonrisa. “Al fin lo hemos logrado. Nunca imaginé que llegaría a conocer al gran Harry Knight”.

-¿A mí?- respondió éste-, ¿Por qué?

El joven le dijo:

-Ah, es verdad, se me olvidaba. Supongo que no recordarás absolutamente nada sobre tu pasado. Llevas años viviendo dentro de una cámara de criogenización. Te encerraron allí porque te rebelaste contra el Dictador- la cara de Harry reflejaba desconcierto y asombro, pero el rubio prosiguió-. Déjame que te explique. Hace unos treinta años, nuestro país, Elpida, se enfrentó contra un país vecino en la guerra más cruenta y sangrienta en la que nuestro pueblo haya participado. La confusión generalizada y el rechazo hacia el gobierno fueron aprovechados por un grupo de comunistas, liderados por Logan Creek, para tomar el poder y acabar con la guerra a través de la firma de un tratado de paz. Creek realizó reformas y proclamó una constitución, pero al año de presidir el país fue asesinado por Nathan Crawl, uno de sus más aguerridos compañeros. Éste estableció una dictadura, derogando todas las reformas anteriormente establecidas y ejecutando a sus antiguos compañeros. Se convirtió en el Dictador. Desde entonces, todo ha ido a peor, el pueblo se muere de hambre, trabajan demasiadas horas por un sueldo ínfimo, viven en las peores condiciones higiénicas, y apenas logra subsistir. Muchos roban y hurtan como único medio para ganarse la vida, al no encontrar otra alternativa.

-¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?- preguntó Harry.

-Hace siete años, lideraste una revolución que pretendía acabar con el régimen despótico del Dictador, pero algo falló y fuisteis atrapados y torturados. Por esa razón os encerraron a ti y a tus compañeros en cámaras de criogenización. Pero aunque no lo lograsteis, conseguisteis infundir esperanza en el pueblo, propagasteis la llama de la revolución. Ahora es el momento. Es hora de que la dictadura caiga. Somos más fuertes que nunca, y, con tu liderazgo, sin duda lo conseguiremos. ¿Aceptas?

Harry se quedó pensativo. Liderar una rebelión le parecía imposible, y más teniendo en cuenta que no recordaba nada de la anterior. Era una gran responsabilidad.

-¿Qué haréis si derrocáis al Dictador?

-Reinstauraremos la Constitución, le daremos más derechos a los pobres, mejoraremos sus condiciones, repartiremos comida. Haremos que el pueblo sea feliz -el rubio se le acercó y le tendió la mano-. ¿Contamos contigo?- Todavía algo dubitativo, Harry se la estrechó, moviendo su cabeza con gesto afirmativo.

-Está bien, lo haré, pero aún no me has dicho cómo te llamas- el rubio dejó escapar una pequeña risita, y exclamó:

-Soy Dan Creek.

-¿El hijo de-?

-El mismo. Mi padre trató de que el pueblo dejase de vivir en la miseria, que pudiera ser libre y vivir felizmente. Y ese es mi objetivo.

Tras un largo recorrido llegaron a un antiguo edificio, en ruinas, donde Dan se bajó y animó a Harry a que le siguiese. Era una antigua mansión de tres pisos, con las ventanas rotas y el techo agujereado. Pero el interior estaba repleto de símbolos y banderas comunistas, por todas partes se escuchaban las voces de gente coreando “¡Viva el pueblo!”. Mientras recorrían la estancia Dan le explicó que esa casa había sido el refugio de los rebeldes desde la última revolución. Allí habían planeado cómo se realizaría el levantamiento. Se adentraron en una



sala en cuyo centro se encontraban hombres y mujeres reunidos, que reaccionaron con asombro y perplejidad ante la llegada de Harry. Se levantaron y le saludaron, mostrando su admiración hacia aquél hombre que se había rebelado contra el Dictador. Dan y el resto de personas comenzaron a detallarle cómo se realizaría la revolución.

-Tendremos que adentrarnos en la Sede Dictatorial –explicaba Dan-. Una vez dentro, tu objetivo es matar al Dictador. Nosotros te guiaremos a su guarida. Confiamos en que liberes todo el odio que acumulas y que puedas acabar de una vez con ese déspota.

Pasaban los días. Los rebeldes le enseñaron a Harry todo lo concerniente a su misión. Le entrenaron físicamente, le enseñaron a usar armas, mejoraron su agilidad y su destreza en la lucha y le mostraron qué hacer en caso de que el plan fallase. Le ayudaron a reducir su miedo, debido al trauma que la droga le había ocasionado, le enseñaron a controlar sus sentimientos y a dirigir todo su odio contra el Dictador. Mientras tanto, Dan le contaba cosas de su pasado, infundiéndole la esperanza de un mundo mejor.

Y el gran día llegó. Un grupo de rebeldes se adentró junto a él en un camión de mercancías, repleto de armas y munición, que les llevaría hasta la Sede Dictatorial, donde se infiltrarían con la misión de acabar con ese tirano. Harry iba equipado con una pequeña semiautomática que custodiaba en uno de los bolsillos de su pantalón. Dan estaba a su lado, portando una mochila que contenía cartuchos y medicamentos. En la mano sujetaba un pequeño dispositivo electrónico que les guiaría hacia el lugar donde se guarecía el Dictador.

Alcanzaron el edificio. Los rebeldes se apresuraban, desaseados, hacia sus puestos, listos para realizar sus objetivos. El complejo constaba de numerosas plantas, que lo dotaban de una gran altura, recubierto de una fachada oscura en la que se hallaba plasmada la bandera del régimen totalitario. Cada grupo de comunistas, denominados “Comandos”, debía de infiltrarse por una zona distinta en el bloque, evitando así que, en caso de que uno de ellos fuera descubierto, todo el plan se viniese abajo. Harry siguió al suyo, infiltrándose por unos túneles subterráneos que conducían al interior de la Sede.

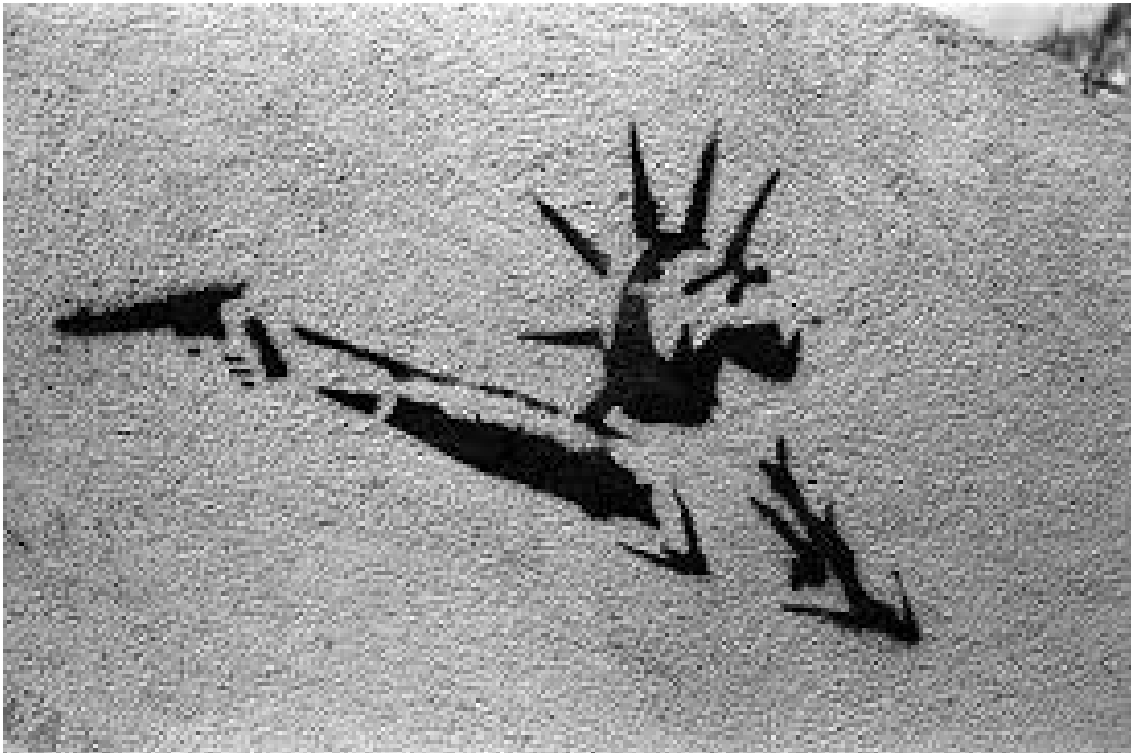
Eran unos corredores estrechos, mal iluminados y con paredes muy desgastadas. Debían atravesarlos en fila, agachados, debido a que era imposible que dos pudiesen pasar a la vez sin quedarse atascados. Dan iba al frente del grupo, siguiendo las instrucciones que recibía del aparato que les guiaba. Harry le seguía de cerca, sin poder dejar de pensar en lo que estaba a punto de hacer. No solo su vida estaba en juego, sino la de toda esa gente, y la de todo el pueblo que confiaba en que ese absolutismo algún día acabase. Él era la clave de todo el plan, no debía cometer ni un solo error. El más mínimo fallo ocasionaría la muerte de todos los rebeldes, y unas posteriores represiones contra el pueblo catastróficas. Era el momento de la verdad.

Tras girar un par de veces a la derecha y otra a la izquierda, alcanzaron unas escaleras, por donde ascendieron sigilosamente. El menor ruido podría acabar con el plan. Ya estando dentro del edificio, el Comando se separó, cubriendo puertas, ventanas y salidas. Dan y Harry subieron al piso superior, y tras pasar unas cuantas salas llegaban a una gran puerta blanca cerrada. El rubio le hizo un gesto afirmativo, gesticuló con la boca la palabra “Suerte” y, tras estrechar sus manos, se alejó de vuelta a su puesto. Suspiró lentamente, comprobando que su pistola estuviese recargada. Frunció el ceño, alargando las manos hacia la puerta. Era la hora de acabar con todo eso.

Se adentró en la sala violentamente y apuntó al sujeto que se hallaba en el centro de la sala, de espaldas. Éste profirió una leve carcajada, y lentamente se volteó hacia quien le amenazaba. Una cicatriz atravesaba su rostro desde la frente hasta el mentón, sus ojos eran oscuros y casi opacos, su pelo era negro azabache, su cara describía un triángulo algo inquietante, y sus labios eran finos y claros. Esbozó una amplia sonrisa y clavó sus pupilas en Harry.

-Vaya, vaya... He aquí el señor Knight, rebelde de rebeldes, maestro de revoluciones. Te estaba esperando. Sigues arrepintiéndote de haber despertado, ¿verdad? Te comprendo perfectamente. Todos deseamos llevar una vida perfecta, alcanzar la tan deseada libertad. Pero, ¿puedo contarte un secreto? La libertad es la mayor mentira creada por el hombre, y la que mejores resultados ha conseguido. A lo largo de la historia, hombres egoístas han tomado el poder en nombre de la libertad con el objetivo de enriquecerse y vivir sin preocupaciones. La libertad es el pretexto de los déspotas, la esperanza de los idiotas, la utopía de los cultos, la religión de los crédulos, la ley ilegal. ¿Por qué lucháis? Por dentro sois todos egoístas y avariciosos, buscáis la riqueza, la fama y el poder, y lo hacéis en nombre de la libertad. No os podéis considerar mejores que yo, porque hacéis lo mismo. En el fondo, todos somos iguales. Ansiamos la felicidad, y para ello no nos importa el resto. Permíteme darte el mayor don que puedo otorgar, permíteme hacerte feliz. Piensa en tu mujer, en tu hijo. La luz que irradia del rostro de tu esposa, la belleza que exhibe su rostro, el amor que destilan sus palabras...

Harry volvió a experimentar el intenso pitido. Su cerebro había relacionado a su familia con el dolor y el sufrimiento producidos por la droga. Chillidos resonaban en su cabeza, procedentes de su mujer e hijo, torturándole de la manera más dolorosa que podía concebir, tal y como había soñado aquel día que todo empezó. La imagen de ellos siendo asesinados no se borraba de su cabeza, y cayó al suelo, tapándose los oídos, tratando de acallar a las voces que atacaban a su mente. Comenzó a gritar y a pedir ayuda, rogando que acabasen con eso de una vez. Lo último que vio fue cómo el Dictador pronunciaba "En nombre de la libertad" mientras apretaba el gatillo de la semiautomática.



La decisión de Lomey

[Bombi Charmer](#)

Sé que están ahí. Después de tanto tiempo sobreviviendo he debido desarrollar un sentido extra para estas cosas, ya que no suelo equivocarme. Deben de estar muy desesperados para atacar en pleno día. Eso les hace más peligrosos y, a la vez, más vulnerables.

Necesitan comer. Nosotros también.

Me encuentran preparado, como siempre. A estas alturas de la película no viene a cuento lamentarse de la situación, sino estar listo para lo que pueda venir. Para luchar, para morir, para huir, para aguardar. He estado en tantas ocasiones tan cerca de la muerte que ya apenas aprecio la vida, aunque vivir se ha convertido en un desafío que me apasiona. Sé que parece un contrasentido, pero es que, cuanto más siento la compañía de la parca a mi lado, más disfruto retándola.

A mi lado Nora guarda silencio. Es una pequeña de siete años que me acompaña desde hace cinco. La encontré junto a su madre cuando eran atacadas por unos jabalíes hambrientos que logré ahuyentar. Ésta intentaba proteger a la niña como una auténtica loba a pesar de sufrir una herida muy fea en la pierna que debía de dolerle horrores. Aquella úlcera se le infectó y los días siguientes resultó ser más una rémora para nuestra marcha normal que una ayuda. Ella lo sabía y, en uno de los actos más heroicos que he presenciado desde que el mundo, nuestro mundo, se fuera a la mierda, se cortó las venas. Prefirió morir a poner en peligro a su hija. Se fue en silencio, por la noche, sin un quejido, aunque supongo que inundada en lágrimas. Puso en mis manos su más preciado tesoro y yo me juré a mí mismo no decepcionar ni su recuerdo ni su sacrificio.

Nora no recuerda a su madre. Su memoria comienza y termina en este mundo gris, insalubre e inmisericorde con el débil, donde solo sobreviven los más fuertes. Lo que quedó tras la guerra definitiva, tras la confirmación del despropósito en el que el hombre se había convertido desde la creación. No solo devastó la tierra transformando la amenaza nuclear en una realidad, sino que liberó todo tipo de virus, incluido el que acabaría con la vegetación del planeta. Tras ella cayeron todos los herbívoros. Pocos sobrevivieron a la radiactividad, pero menos aún a los animales hambrientos y a las enfermedades. De algún modo, la naturaleza de algunos de nosotros es demasiado terca para ser vencida a corto plazo, aunque las condiciones atmosféricas y de alimentación no nos ofrezcan mucha más esperanza de vida. Ignoro por qué seguimos respirando y continúa habiendo oxígeno que llevarnos a los pulmones, aunque imagino que alguna explicación habrá. Mucho me temo que los pocos seres humanos que podrían hacerlo ya no están.

De todos modos ya poco importa. Hace doce años del desastre y no entiendo cómo aún estoy vivo. Camino hacia el Este buscando la costa, pues se me ha ocurrido la idea de que la esperanza permanezca, de algún modo, en el lugar donde comenzó la vida en la Tierra. Una esperanza lejana y puede que infundada, pero a algo hay que aferrarse. Es mi modo de continuar con el pulso que mantengo con la muerte. Ya nadie puede acercarse a las ciudades, pues

ahora son territorio de las ratas y mosquitos. Por no decir el peligro que el ser humano representa para sí mismo incluso en momentos como éste. Prefiero no pensar qué harían algunos grupos de hombres con una niña como Nora. Me aterra pensar en cuál hubiera sido su destino con otro que no fuera yo.

Me hago llamar Lomey, como el personaje de un libro que leí hace tiempo, tengo treinta y cuatro años y estoy encerrado, junto a una niña, en una cabaña de madera rodeada por lobos. De mi cinto cuelga una magnífica espada que cogí de un parador nacional al poco de comenzar el desastre y que afilo con esmero. Me manejo bien con la honda y el arco. Siempre que tengo ocasión me entreno en el manejo de mis armas, pues soy consciente que mi vida depende de ello. También obligo a Nora a que lo haga, ya que me servirá de ayuda. En su espalda siempre lleva un cuchillo con el que sabe muy bien lo que tiene que hacer en caso de que yo caiga. Una muerte rápida es siempre mejor que ser devorada por animales enloquecidos de hambre. Es cruel, mas lo entiende y está de acuerdo. Chica lista.

Diviso a tres desde la ventana. Habrá más rodeando la choza. Nora me acerca el arco y el carcaj, pues entiende que es la mejor opción desde nuestra posición. Ambos sabemos por experiencia que, abatiendo a uno, podemos provocar que los otros se abalancen sobre él y lo devoren. El hambre ha cambiado las normas por aquí últimamente. Sería el mejor momento para aprovechar y disparar al resto. Lo que no me gusta es la idea de que el olor de la sangre atraiga a más animales. Si acabamos con ellos deberemos abandonar nuestro refugio, aunque no sin llevarnos a uno para alimentarnos.

Disparo y el aullido del lobo me anuncia que he acertado. Cae fulminado y aguardo la reacción de los demás. Otro se le acerca para comprobar si puede defenderse. Es el segundo en caer, aunque solo logro herirlo. El tercero gruñe y ladra en dirección a la casa. Entiende lo que estoy haciendo y no le gusta, pero el estomago terminará por obligarle a acercarse. De hecho, el mío no está mucho mejor. Por eso lo sé. Le pierdo de vista y espero con paciencia a que vuelva. Es entonces cuando algo golpea con fuerza contra la hoja entreabierto de la ventana. Me pilla desprevenido y caigo hacia atrás mientras se me abalanza encima. Me defiende con el brazo derecho y lo muerde con furia. Por fortuna no anda muy bien de dentadura, pero me impide echar mano de la espada. Busca mi cuello y trato de impedirselo, mas la desesperación y el hambre le otorgan una fuerza que no logro enfrentar. Es entonces cuando, de repente, se detiene. El cuchillo de Nora asoma por su boca justiciero y me lo quito de encima.

Los ojos de la niña brillan en la semi oscuridad de la cabaña mientras me dirige una mirada que debería estar vetada para alguien de su edad. Me abraza. El fin ha estado cerca y ambos lo sabemos.

Esperamos durante diez largos minutos a que se manifiesten el resto de amenazas, pero no llegan. Al parecer estaba equivocado. El lobo herido ya no responde y comienza a anochecer. Decidimos quedarnos a cenar y dormir en la cabaña a riesgo de que por la mañana haya más esperando fuera, pero la noche no es buena consejera para los débiles con estómago vacío.

El Este puede esperar.

La Imaginada Distopía que Fue y Será

[Martius Coronado](#)

—Cuentan que un día, hace mucho, mucho tiempo, un sabio vislumbró que la vida no es más que un círculo eterno. Una reiteración infinita de elementos, que terminan por encontrarse. Donde el fin se entrelaza disfrazado, de principio, y donde el tiempo justifica su naturaleza, al develar su querencia innata por el remedo.

Dice la verdad hermética que: el espíritu de aquello que fue, será. Y disuelto entre las grandes preguntas sin respuesta que habían fascinado a la humanidad, la encrucijada que iluminó aquel hallazgo se repitió de nuevo, y con ella, aunque la cara, el cuerpo, la lengua y cultura hubieran mudado de aspecto, el espíritu de aquel sabio y la misma pesadumbre que generaba su inefable certeza. Porque vislumbrar que la vida es un círculo, implica aceptar su inevitable curso.

El desdichado hallador, era esta vez un nimio y vulgar trabajador, de esos que han poblado y erigirán las civilizaciones. Sin mayor orgullo que su anónimo sudor y sin mejor pretensión que sobrevivir a la rutina, a base de sueños.

Nunca había sido el prototipo de ciudadano que se identifica con los valores de su sociedad. Más bien la divergencia entre lo aprendido y lo real, frente a la imposibilidad de sus sueños, le hacía percibir la realidad como una cárcel. Y su única salida, tras muchos intentos y trabajos alienantes, fue satisfecha por la lectura y la elucubración. Así la encontró, mas así fue encontrada por muchos otros en el flujo infinito del tiempo, sin que su encuentro fuera sinónimo de éxito. Porque la capacidad mágica de la conciencia no radica en su hallazgo, sino en su poso. Y en él, tuvo la desgracia o la suerte de encallarse, y su permanencia obsesiva, quizá unida a la carambola de los hechos, hizo el repetido resto.

La idea, lo transformó, y no sólo con juegos mentales e insomnio, sino sobre todo con percepciones, que los primeros días, le hicieron plantearse seriamente su cordura. Como si hubiera abierto la puerta a un conocimiento perdido, o tal vez a un poder ancestral, que para él y en su confusión, no debía diferir mucho de una posesión diabólica.

Por semanas, no supo sentirse más que culpable y raro. Más ajeno que nunca, del resto, de toda esa masa que lo contradecía con sus hechos, sus costumbres y sus creencias. Se decían libres y orgullosos de su democracia, su libertad de prensa, de su lucha enconada contra el terrorismo y de defender los derechos universales del hombre, desde su profundo y religioso sentimiento de amar al prójimo. Pero lo único que hacían era sustentar, con su inopia de televisión, prejuicios y egoísmos, un sistema que estaba esquilmando los recursos naturales del planeta, que forzaba a media población mundial a sobrevivir con sueldos míseros, a morir de hambre o a sufrir guerras por intereses económicos. Mientras ellos sólo se contentaban en consumir, como si en la compra radicara la felicidad, aunque cada día sus derechos laborales o

sociales sufrieran nuevos recortes, en pos del insaciable poder financiero, que había puesto copyright, precio y a su servicio, tanto a hombres como a todos y cada uno de los progresos de la humanidad.

Él había sido uno más de ellos, un infeliz más pendiente de sus frustraciones y ambiciones personales que de comprender el cruel, suicida y verdadero alcance del mundo distópico y falsamente libre en el que vivía. En realidad un don nadie como él poco podía hacer para cambiar la dinámica. Lo supo antes de que lo poseyera la idea. Pero siempre, durante aquellos años de infelicidad y rutina, soñó que un suceso heroico cambiaría el curso de aquella sociedad miope y depravada, y se consolaba pensando que sus ojos, con suerte, podrían atestiguar ese día. Nunca se imaginó que sería el único que vislumbraría su llegado, y no sólo eso.

La última semana, las conversaciones durante el trayecto al trabajo se habían intensificado sobre el mismo tema, como un chirrido premonitor. Era la primera vez que los móviles permanecían en un segundo plano, la mayoría apagados. La gente en los vagones del metro se había vuelto dicharachera, como si necesitaran hablar y desahogar con alguien de carne y hueso, su opinión sobre el rumor: ¡Mañana es el gran día!, se decían, buscando entablar conversación. Bastaba la familiaridad de haberse visto en el trayecto y que sonara la cara, para lanzarse a desahogar los miedos e inseguridades. Convirtiendo el ritual cotidiano, en una explosión inesperada de comunicación.

No era sólo que desconfiaran. Se podía afirmar que la paranoia había hecho presa y creencia de esa opinión pública mayoritaria, que ya temía a todas y a cada una de las fuentes, y nuestro protagonista tenía mucho que ver en ello. Nadie creía ya en las versiones oficiales, ni querían aventurarse en las culpas y en las posibles consecuencias sobre las que centenares de webs y redes sociales elucubraban. Y es que las predicciones del extraño hacker, se iban cumpliendo, y lo que en principio resultó brillante y rompedor, ahora daba miedo.

Hace poco buscaban alivio y explicación. Ahora les horrorizaba hallar hipótesis que corroboraran los presagios extendidos, de un próximo y planetario desastre. Casi parecía que por un día necesitaran trato humano, eso sí, para quejarse, clamar auxilio y soluciones inmediatas a los políticos, sin ser capaces de encontrar en ellos la más mínima culpa. Claro que mañana sería diferente, el hacker desconocido iba a lanzar su próximo comunicado, y a pesar del temor, todos estaban deseando saberlo.

La población, un año antes, estaba preocupada por elegir al probado y corrupto gobierno conservador que había auspiciado la última gran guerra del medio oriente y que tras tanta destrucción y muerte, prometía reconstrucción y trabajo. Ahora la cadenciosa retahíla de desgracias planetarias los tenía desconcertados y acongojados. Hacía una semana, la naturaleza había barrido con una inesperada subida del nivel del mar, la misma capital inglesa, Londres, tal y como el hacker había predicho. Las cuatro catástrofes precedentes en forma de terremoto, volcanes, inundaciones y un meteorito, las había insinuado, con datos que las fuentes oficiales siempre desacreditaban por ambiguos y anticapitalistas. Quizá porque además de las supuestas profecías, relataba supuestos crímenes contra la humanidad orquestados por las potencias, como la propagación del SIDA, o la preparación de atentados y la creación interesada y financiamiento de las últimas guerras ocurridas en el mundo

Nuestro joven sabio, no necesitaba dejarse llevar por rumores. Sus pesadillas inconexas e inescrutables, ya no lo eran tanto. Al principio no entendía aquellas visiones de gentes y catástrofes que no podía reconocer por sus lecciones de historia, hasta que aprendió que no hacía falta. El atrezzo y los personajes cambiaban, pero el mensaje de aquella ciudad amurallada y tragada por las aguas, que soñó una semana antes, se completaba con voces que parecían desentrañar y confirmarle su intuición, haciendo surgir en su cabeza un significado profético y vigente. Ese que tras la vigilia del sueño, le hizo saber que Londres, en poco menos de una semana, iba a sufrir dicha suerte. Ese que a través del hacker, como había hecho antes, compartía con el público.

La avalancha de realidad intangible, no se detenía en las noches. Su resaca comenzó a reproducirse en el más mínimo acto cotidiano, adquiriendo manifestaciones diversas y torciendo el placer del conocimiento, con el pavoroso sabor de aquel que ha perdido el control de su vida, y aún así halla en el hecho un poso masoquista y complaciente. La dimensión inextricable del don lo conectaba con la crudeza de los hechos, como si lo poseyeran las aristas pormenorizadas de cada punto de vista. Su alegría o desasosiego resultaban accesorios, y pronto comprendió que la culpabilidad primera o el desprecio posterior y conmiseración hacia sus semejantes, eran etapas que lo condujeron a aceptar su papel con una aceptación fervorosa y creyente.

Hoy, gracias a que su febril iluminación le susurra el inminente desenlace, no puede evitar sentir una profunda pena. Aunque la mixtura agridulce del discernimiento también le deja la abisal tristeza de aquel que por primera vez comprende el alcance de la creación, y a pesar de su belleza, le asusta su peso. Porque él ya ha aceptado su destino, pero millones de personas lo sabrán mañana. Había barajado la opción de callarlo, pero el poder lo empuja. La civilización tal y como la conoció dejará de existir, inocentes y culpables pagarán el precio de actuar en contra de la naturaleza, pero de la debacle y gracias a su aviso, unos pocos se salvarán y gracias a ellos surgirá una nueva humanidad, tal y como supo aquel primer y ya lejano sabio.

Lo único que lo asemejaba ya con el resto de las personas, eran la ropa y sus escasas pertenencias, esas que ya no le importan y a las que va a abandonar, para subirse a un avión. Sabe que no hay salida, pero al menos quiere elegir el lugar de su muerte. Anoche lo soñó de nuevo. Falta poco. Sí, muy poco.

Antes de enviarle todos los detalles al hacker, una frase le viene a la cabeza, no puede asegurar si es producto de sus recuerdos y lecturas o del poder: "There's nothing new upon the earth and all novelty it's but oblivion". Comprende que la razón carece de importancia, al menos, como imaginaba, va a ser testigo del cambio. La destrucción llegará, pero todo comenzará de nuevo, y aunque él no pueda ser parte, saberlo le hace sentirse extrañamente feliz y en paz. Sí, una civilización egocéntrica y malvada va a perecer, pero otra cargada de esperanza renacerá. Todo, como el círculo de la vida y el tiempo, comienza de nuevo.



MAÑANA FUE NUNCA

[José Martín Bartolomé](#)

Nadie, ni entre los supervivientes ni entre los millones de muertos, llegó a imaginar lo que iba a ocurrir. Y a día de hoy, pienso que los afortunados fueron ellos, los que murieron en la ignorancia. Para nosotros no queda ni el consuelo de morir en paz, en una cama de hospital, rodeados de familiares y amigos.

Antes del cambio, yo era un tipo bastante normal, con un trabajo agradable y lucrativo como reportero para una conocida agencia de noticias. Mi mujer, Carolina, poseía los más maravillosos ojos verdes que haya visto jamás, un inagotable sentido del humor y la capacidad de hacerme ver el mundo como un lugar sencillo y tranquilo, en el que merecía la pena sonreír. Demonios, cómo la echo de menos.

En el momento en que empezó todo, aunque no sabíamos que nada estuviera empezando, ella tenía veintinueve años, y yo estaba a punto de cumplir treinta y dos. Fue ese día, el día de mi treinta y dos cumpleaños, cuando el fin del mundo empezó para nosotros, para casi todos en realidad.

Como ya he dicho, mi trabajo resultaba lucrativo, y además mi querida Carolina había trabajado algunos años como agente inmobiliaria, en la época en que aquél trabajo daba buenos beneficios, antes de que estallase la burbuja. Afortunadamente era una hormiguita lista, y contábamos con un buen patrimonio que nos permitía vivir desahogadamente, pese a la crisis. Además, como ella solía decir con su inigualable sarcasmo, trabajar persiguiendo malas noticias asegura el pan por toda la eternidad, ya que nunca faltan.

Así que el día de mi cumpleaños pude permitirme invitar a mi esposa, sus padres y mi tía Marta, mi único pariente vivo, a cenar en uno de los mejores restaurantes de Madrid. Es un sitio magnífico, uno de esos en que te recibe un tipo atrincherado tras un atril, que comprueba concienzudamente tu reserva antes de llamar a otro tipo, embutido en traje y corbata, que te acompaña a tu mesa.

Subimos las escaleras tras atravesar un patio adornado con estatuas modernistas, y nos sentamos en una de las amplias mesas, separadas del resto por paneles de cristal que permiten mantener la sensación de amplitud y a la vez, la intimidad de cada grupo de comensales. Es un sitio en el que se puede hablar tranquilo.

Yo estaba contento, a fin de cuentas era mi cumpleaños y estaba con gente a la que quería, pero también algo preocupado. Desde que había vuelto del trabajo, reuniéndome con Carolina, que estaba preciosa con su vestido granate, ceñido en la cintura y que dejaba los hombros al descubierto, mostrando su piel de terciopelo, y recogido después a tía Marta, tenía la sensación de que mi mujer me ocultaba un secreto. Los hombres no solemos fiarnos de esa sensación, a fin de cuentas somos muy torpes para darnos cuenta de cuándo ellas están preocupadas, contentas o tristes. Como mucho, veremos que están raras.

Pero cuando tía Marta se sentó en el asiento trasero de mi 407 y Carolina se volvió para besarla desde el asiento del copiloto, detecté un extraño intercambio de miradas entre ellas.

Más que algo que vi, fue lo que sentí, como una corriente de aire, un pico de alta tensión que se generaba en mi esposa y llegaba hasta mi tía, intercambiando información codificada que yo no podía comprender. Las corrientes cósmicas, supongo. Me giré para dar un beso a mi tía, y también para intentar formar parte de esa corriente. A tía Marta se le iluminaron los ojos de una forma curiosa, repentina, y su expresión, normalmente sonriente, se tornó de pronto seria y reservada. Después me miró, me dio un beso largo y cálido en la mejilla, y apretó furtivamente la mano de Carolina, que suspiró mientras sus propios ojos se volvían brillantes, con su verde pupila iluminada desde dentro.

Soy reportero, y mi trabajo es darme cuenta de las cosas. Pero no tenía ni idea de qué ocurría allí, y no lo supe hasta llegados los postres.

Fue entonces, mientras apurábamos el vino y esperábamos la llegada del helado de remolacha roja sobre lecho de crema de queso fresco, cuando mi amor, mi vida, nos pidió un segundo de silencio y me entregó su regalo, un fino paquete rectangular de unos quince centímetros de largo.

Y cuando lo abrí, adivinad qué encontré. Dentro, en una cajita cuya tapa era un plástico transparente que permitía ver el interior, reposaba uno de esos test de embarazo casero que las mujeres compran en las farmacias. Mi esposa estaba embarazada. Iba a ser padre, por Dios bendito, iba a ser padre y pensé que reventaría de felicidad, que el mundo era mío, que el universo entero reposaba ahora en el bendito vientre de Carolina y nada ni nadie podría romper aquella magia antigua y eterna, aquella bendición que nos colmaba. Fue el momento más feliz de mi vida, pese al sudor frío y la sensación de puro terror que, como a cualquier hombre, me inundó junto a la dicha.

Era el día veintidós de octubre del 2012. El fin del mundo estaba a punto de empezar.

Antes he mencionado las corrientes cósmicas. Supongo que cualquiera que leyera esto se preguntaría de qué hablo, si he perdido ya la razón y empiezo a desvariar. Si fuese uno de los Depuradores, imaginaría que es algún extraño código secreto, seguramente. Aunque lo más probable es que nadie jamás llegue a leer esto antes de la extinción total.

Pero quiero explicar lo de las corrientes cósmicas, porque es un recuerdo agradable que me ayudará a controlar las lágrimas mientras sigo narrando todo lo que ocurrió durante el fin. Es increíble la cantidad de lágrimas que puede verter un hombre, incluso uno que ya ha llorado por todo lo que amaba.

Las corrientes cósmicas. Bien. Cuando yo estudiaba en la universidad, tenía una novia llamada Sara, una preciosidad psicodélica de esas que parecen medir su energía física en kilotones y no en calorías. Aquél torbellino de mujer me hizo absolutamente feliz durante dos años, hasta que decidió que tenía un ritmo muy diferente al mío, y la relación terminó cordial pero dolorosamente.

Sin embargo, y como sólo pasa en los malos relatos y las malas películas, seguimos siendo amigos a través de los años, a Dios gracias.

Para ella, el universo tejía una especie de red mágica, de corrientes subterráneas de energía que unían a personas y acontecimientos, y que no resultaba fácil ni conveniente romper. Claro, las corrientes cósmicas. Las responsables de que un gemelo se sienta mal cuando su hermano tiene un problema, de que el corazón nos dé un vuelco inexplicable al ver a una persona desconocida de quien acabaremos perdidamente enamorados, de que un cosquilleo flote en nuestra nuca cuando un amigo nos abraza o cuando cualquier hecho, cotidiano o maravilloso, adorna nuestras vidas. Nunca supe si hablaba en serio o en broma, pero siempre mantuvo su teoría.

Y la recordé de nuevo cuando, a la mañana siguiente, descolgué el teléfono para llamarla y comunicarle la buena noticia. Porque no llegó a mis oídos el tono normal, sino un silencio adornado apenas por su aliento al otro lado de la línea.

-¿Hola? –dijo ella- ¿Estás ahí?

El cosquilleo de la corriente cósmica me recorrió, como recorre la electricidad el hilo conductor de luz y calor que llamamos cable.

-Hola, Sara... ¿cómo es posible? Si ni siquiera he marcado...

Su risa, fresca como un amanecer recién pintado, estalló desde Italia.

-Yo te estaba llamando, pero has descolgado sin que llegase a sonar el timbre. Las corrientes cósmicas fluctúan con fuerza esta mañana.

Sonreí. Cómo no hacerlo.

-Llámalo la fuerza, me parece bien –contesté, ya con la sonrisa bien marcada como la raya de un pantalón recién planchado.

-Llámalo energía, mejor todavía- remachó ella, y la vi sonreír también, como si estuviéramos sólo a un suspiro de distancia.

Hablamos durante media hora, poniéndonos al día de nuestras respectivas vidas. Sara trabajaba, desde el 2010, para la misma agencia que yo. A estas alturas, nadie creerá que eso era casualidad. Era nuestra corresponsal en Italia y El Vaticano, lo que parecía chocante teniendo en cuenta su total ateísmo y su convicción de que, si el orgasmo durase cinco minutos, Dios y su mundo serían innecesarios.

Pero era una gran periodista, hábil hasta lo insultante con los idiomas, y capaz de derribar con su encanto personal al más arisco guardia suizo. Estoy convencido de que habría logrado hasta entrevistar al Espíritu Santo si se lo hubiera propuesto. O si hubiese tenido tiempo. Si no yaciese ahora, como tantos otros, en una fosa común, recubierta de cal viva, en las afueras de la Ciudad Eterna. No puedo evitar imaginar su rostro franco y pecoso, de niña inmortal, cubierto por el polvo mientras la carne, poco a poco, se quema y se destruye, un cuerpo entre otros muchos, anónimo ya por siempre todo su talento, todo su fiero deseo de vivir, de sentir las corrientes cósmicas.

Pero aquél día de finales de octubre de hace cuatro años vivía y respiraba, y reía como los mismos ángeles cuando le conté que iba a ser padre.

-Espero que salga a la madre, Robin.

Esa era otra de sus bromas, otro de nuestros secretillos nostálgicos. Ella era Catwoman, la loca habitante de la noche en el mundo que Bob Kane creó para su Batman, y yo era Robin, el adolescente con demasiada prisa por ser mayor. Así fue desde que acudimos a una fiesta de disfraces en el último año de nuestra relación, vestidos de esa guisa. Siempre pensé que si yo hubiera sido Batman, su caballero oscuro, capaz de seguirla en las sombras de la noche, mi vida habría sido distinta. Pero ahora, las dos mujeres que he amado, Sara y Carolina, se han internado en una noche demasiado oscura, a la que no puedo seguirlas aún. A no ser que los Depuradores me encuentren, claro. No. Cuando me encuentren.

Sara me llamaba para pedirme ayuda con un asunto de trabajo. En unas declaraciones realizadas aquella misma mañana, el Papa –el Zumo Pontífice, le llamaba Sara- pedía a todos los creyentes que demostrasen su fe rechazando la medicina oficial. El Papa manifestó que la medicina, y sus arrogantes investigaciones sobre las células madre, la búsqueda de una vacuna contra el VIH y la creciente aceptación de la eutanasia como medio digno de morir, entre otras cosas, eran ofensas a Dios que debían cesar por el bien de la humanidad toda.

Así pues, el Papa hizo pública su intención de prescindir, con carácter inmediato, de todas las atenciones y cuidados médicos. Tanto él como los cardenales a lo largo y ancho del mundo, afirmó, daban por concluida su relación con la medicina oficial, confiando su salud de forma directa y sin intermediarios en Cristo, de la misma forma que a Él confiaban su alma.

Es lógico imaginar la repercusión que aquellas palabras tendrían, y las críticas que recibiría el vicario de Cristo en cuanto sus palabras diesen la vuelta al mundo, lo que ocurriría en segundos. Pero Sara consideraba más interesante conocer las reacciones que, a priori, podrían ser de aceptación. Por eso quería pedirme que tantease a los grupos afines, como Opus Dei, Legionarios de Cristo, etcétera.

No es que me resultase un trabajo agradable, claro, pero era un material que podría darnos para algunos artículos freelance, no sería la primera vez que lo hacíamos, y también sería interesante para la agencia, así que estuve de acuerdo.

Mi trabajo en ese momento se centraba en el seguimiento de ciertas investigaciones de Sanidad en una pequeña localidad vallisoletana, Viana de Cega, donde se había detectado una alta proliferación de casos de cáncer en el último año. Sólo en cáncer de mama, ocho casos. Era algo alarmante, y había que investigar el por qué. Claro que para la Navidad del 2013 nos seguiría pareciendo alarmante, y en la de 2014 habríamos firmado por tener sólo ocho casos en cada localidad de España. Del mundo entero, joder. Pero eso aún no lo sabíamos.

Por suerte, Rouco Varela volvió a salirse del tiesto ese mismo viernes, descolgándose con unas afirmaciones en las que calificaba a España de “patria iglesia”, y eso me daba una excusa perfecta para hacer algunas preguntillas en la Conferencia Episcopal y trabajar en lo que Sara quería y seguir un poco el curso de las corrientes cósmicas. En todo caso, ya sabéis todo lo necesario sobre esas corrientes, ¿no?.

El cáncer, que no sería más que una noticia de relleno y una alarma más sobre las antenas de telefonía móvil, como en aquel colegio de Valladolid un par de años antes, o sobre el agua de consumo humano, como casi siempre, podría esperar, me dije.

Sólo que ya nada podía esperar. La cuenta atrás había empezado, pero aún no había nadie capaz de escuchar el tic tac del reloj de la muerte.

Durante las siguientes semanas no ocurrió nada fuera de lo normal, excepto por supuesto el trastorno que produce en la vida de cualquier hombre su próxima paternidad.

No me quejo, desde luego, fue una época estupenda, y tanto Carolina como yo ansiábamos aquel niño con todas nuestras fuerzas. Simplemente, es algo que te cambia la vida, y que asusta un poco.

Mis investigaciones en Viana de Cega habían terminado pronto, con el comunicado clásico de Sanidad, aquí no ha pasado nada, es todo casualidad. Antes de enero del 2013 volvería a ese pueblo, porque los diagnósticos de cáncer se dispararían de forma realmente alarmante, pero para abril de ese año la cosa sería casi normal en todo el planeta.

Siempre he pensado que por algún motivo, tal vez el aire o algo que hubiese en el agua, aquella localidad castellana era, simplemente, más sensible al problema que otros lugares. O tal vez, sólo tal vez, las antenas, la genética o cualquier otra cosa hubieran hecho a sus habitantes más vulnerables a las enfermedades. Y cuando llegó la pandemia, encontró allí más facilidades para extenderse y matar. No lo sé, ni importa demasiado.

También mi preocupación sobre las declaraciones del Papa y sus consecuencias desapareció pronto. Aparte de las reacciones de protesta de la OMS y los gobiernos, todas en un tono conciliador y políticamente correcto, la cosa no pareció tener mayor importancia. En España hubo muchos que apoyaron esas declaraciones, e incluso los testigos de Jehová se manifestaron en apoyo del pontífice y contra el sistema de medicina gratuita, con el tonto lema “Sólo los pecadores necesitan doctores”; en resumen, conseguimos unos cuantos artículos sensacionalistas, que se venden tan bien como cualquier otro y aún mejor, así que la cosa no tenía nada de malo.

Lo más emocionante que hice en los siguientes días fue cubrir la presentación de dos libros, “¿Quién teme a la naturaleza humana?” y “La filosofía española inventariada”, ninguno de los cuales despertaba mi interés, y noticias igualmente oscuras y vacías. No es que tenga nada contra la información cultural, pero me metí en este negocio por los sucesos. Esa es la clase de información que me emociona, la que me da vida.

Claro que ahora prefería estar en casa antes que correr detrás de alguna red de mafiosos o contar los muertos de un descarrilamiento.

A mediados de noviembre, cuando el mundo aún seguía su curso habitual, giratorio y predecible, tuve que viajar durante dos semanas a Londres, para cubrir un atentado con gas en el metro. Ese tipo de cosas son mi especialidad.



El atentado no había salido bien, apenas cincuenta muertos y unas pocas decenas de intoxicados, y además teníamos un competente corresponsal en la zona, pero era tal vez mi última oportunidad de meterme en algo emocionante antes de dedicarme de pleno al embarazo de Carolina, así que acepté.

A ella no le hizo demasiada gracia, porque tenía concertada una visita con el ginecólogo y también pensaba vacunarse contra la famosa gripe A, que según media humanidad iba a reventar el mundo, y según la otra mitad sería incluso más inofensiva que la de otros años. Bueno, chicos, nadie reventó la banca con las apuestas, ¿verdad? Nos vino de donde menos pensábamos.

En cualquier caso, Carolina sabía que se había casado con un periodista de sucesos, y me quería así.

Me reuní en Londres con Pellicer, nuestro corresponsal, un joven admirador de Pérez Reverte cuyo mayor deseo era convertirse en reportero de guerra. Se había ofrecido para ir a Afganistán, pero la dirección le consideraba aún inexperto. Eso le tenía bastante frustrado, así que aprovechó el atentado para tratar de meter ficha y vender su imagen de aguerrido corresponsal.

Puede que suene frío, incluso inhumano, hablar así de algo tan cruento e irracional como un atentado, pero hay que saber algo. Los reporteros, queramos o no, estamos hechos de otra pasta. Algunas personas tienen un filtro mental que les capacita para retener y explicar la belleza, otros son buenos para el cálculo, y algunos otros estamos aquí para contar lo peor, para indagar en los más repugnantes aspectos de la naturaleza humana.

Alguien tiene que contarlo. Es así de simple.

Durante las tres semanas siguientes estuve inmerso en territorio comanche, en la tierra de nadie, en esa zona en el borde del mapa donde los antiguos cartógrafos escribían “Cuidado, puede haber monstruos” con letra alargada y soñadora.

En el mundo hay monstruos, ocultos en las sombras de los callejones, justo donde el velo de lo racional es tan fino que una caricia puede rasgarlo. Siempre los hubo, y a principios de diciembre del 2012 aún permanecían tras el velo, asomando las garras sólo cuando una víctima propicia pasaba demasiado cerca de sus guaridas, sin notar el olor a moho y putrefacción que les delata siempre.

Ahora pasean por las calles de las grandes ciudades, disparan atrincherados tras montañas de muertos, francotiradores en nombre de una verdad absurda que no justifica la masacre, el genocidio que hemos sufrido. Puede haber monstruos, y ya entonces viajaban por el pulso de las corrientes cósmicas, camuflando el araño de sus zarpas sobre el suelo con el latido rítmico y constante de las corrientes. Pero por aquel tiempo aún podíamos cazarlos, aún estábamos en mayoría.

Fueron tres semanas de investigación, de callejones oscuros y llamadas a confidentes anónimos. Pero dieron su fruto.

Conseguimos un excepcional reportaje cuando, tirando del hilo, descubrimos cómo los terroristas habían llegado a poner sus cargas. Uno de los ingenieros que trabajaban como responsables del sistema de ventilación del metro colaboró con los delincuentes, dejando un leve rastro que nosotros oímos antes que las fuerzas del orden. Y el resto vino solo.

Fue algo genial, de veras. Creo que fue la última vez que me sentí vivo de verdad.

Pellicer parecía vivir un constante orgasmo, lo que me recordó una vez más a Sara y su teoría sobre Dios. Recuerdo que la última noche de trabajo la pasamos tomando copas por White Chapel y arreglando el mundo, celebrando el éxito de nuestra investigación.

Comimos algo en el White Hart, y seguimos con las cervezas hasta el Princess Alice, donde ya la cosa se puso seria. Para cuando entramos en The Archers, ambos estábamos en un estado que Sara definiría como borroso. Cuando ella tomaba una copa de más, siempre decía lo mismo. Deja de beber, te estás poniendo borroso.

Así que ahí estábamos Pellicer y yo, tomando whisky y comentando lo loco que estaba el mundo. Anglicanos radicales arrojando gas en el metro, católicos y protestantes rechazando la vacuna contra la gripe A y cualquier tratamiento médico, islamistas fanáticos deseando inmortalarse en algún sitio, en cualquiera siempre que hubiera público suficiente...

-Dios es el opio del pueblo, amigo mío –sentenció Pellicer.

-Si el orgasmo durase diez minutos, Dios y su mundo se irían al carajo –apostillé mientras alzaba dos dedos para pedir otra ronda.

Pellicer, que estaba apurando su copa, me regó con un chorro de licor pulverizado desde su boca, incapaz de contener la risa. Se quedó helado mientras me miraba, sin saber cómo disculparse, y después ambos estallamos en una incontenible carcajada.

-Joder, nunca he tenido un orgasmo de diez minutos –dije yo.

-A mí no me lo digas –contestó sin dejar de reírse-, yo hasta he fingido algunos.

Y de nuevo reímos como locos.

Regresé a España como un hombre nuevo, deseoso de seguir adelante con una vida que parecía mejorar a cada paso. Me sentía completo. Carolina estaba perfectamente, aunque pasó un par de días malos tras la vacunación, y nuestro hijo iba tomando forma poco a poco. Sé que la ecografía no mostraba más que un bultito que aún no era persona, pero para mí era el más hermoso de los retratos, que ningún Velázquez o Durero del mundo podría mejorar. Tenía ganas de abrazar a todo el mundo.

Ahora vivo solo en un pequeño pueblo de montaña, donde espero que los Depuradores no lleguen nunca, o al menos tarden en llegar. En las calles aún hay cadáveres, de hombres y animales. Muertos algunos por la enfermedad y otros por la mano del hombre, en los enfrentamientos que siguieron al fin. Esa vida de la que hablo parece la de otro, lejana e insignificante, como si la hubiera leído en un libro o algo así.

Nadie leerá esto nunca, supongo. Nunca veré a otro ser humano, excepto el cadáver del farmacéutico del pueblo, que se pudre ante mi puerta, o de algún otro de los lugareños. Pero escribirlo me ayuda a mantener la cordura. A creer que realmente tuve una vida y que merecí la pena. Si no fuese así, no importaría entregarme a los Depuradores. Esa idea resulta a veces atractiva, aunque de momento sólo es una idea absurda, y mantengo los cadáveres en su sitio para que, cuando pasen sus helicópteros o vigilen con sus satélites, piensen que nada ha cambiado. Que nadie vivo sigue aquí. Que no piensen que aquí puede haber monstruos.

Es hora de ir concluyendo mi relato. No porque me quede poco que decir, sino porque intuyo que cuento con menos tiempo del que pensaba.

Ayer, cuando salí a revisar las trampas para conejos de las que extraigo gran parte de mi alimento, un helicóptero sobrevoló la zona. No es algo inusitado, los Depuradores suelen rastrear los montes al menos una vez por mes, pero en este caso se detuvieron bastante más de lo normal. Nada de un par de pasadas de reconocimiento rápido y rutinario. Estuvieron más de media hora sobrevolando el pueblo y sus alrededores.

Por suerte, los helicópteros se ven venir a gran distancia, acompañados por su particular trueno portátil, y tuve tiempo de esconderme en una cañada cubierta por matorrales, aunque confieso que entendí perfectamente el miedo que deben pasar los pobres conejos que cazo de vez en cuando.

Finalmente se alejaron, y mi corazón regresó a su ritmo normal, pero no puedo dejar de sentirme vigilado. Quizá sea mi creciente paranoia, o quizá el ojo lejano e invisible de algún satélite centrado en la zona. No lo sé. A fin de cuentas, que estés paranoico no significa que nadie te persiga, ¿verdad?

No nos dimos cuenta de nada hasta la primavera del 2013. En cierto modo, lo teníamos delante, pero no lo vimos.

Recuerdo que en nuestras visitas al ginecólogo, mi mujer y yo percibimos, incluso llegamos a comentar, el aumento en el número de pacientes, y la extraña preocupación que veíamos en el equipo médico.

No era que hubiese más mujeres embarazadas, sino que las que ya lo estaban, más o menos paralelamente a Carolina, acudían más veces a consulta. También mi esposa tuvo que ir más veces de lo que sería normal, aquejada de molestias que todas ellas compartían, y que resultaban excesivas para una gestación habitual.

Por supuesto, pensamos en una coincidencia.

Recuerdo que mi alarma interior saltó por primera vez durante una ecografía. Tanto el doctor como la enfermera parecían tensos, casi asustados, durante la preparación del proceso. Estábamos a finales de febrero, y no había motivo para alarmarse.

Sin embargo, percibí esa tensión, como destellos de alto voltaje en las corrientes cósmicas, y percibí un intercambio de miradas aliviadas entre ellos mientras el doctor aseguraba que se trataba de un bebe sano y sin problemas.

La enfermera dejó escapar un leve suspiro, como si hubiera estado aguantando la respiración hasta ese instante.

Fue también a finales de febrero, un par de días después de esa consulta, cuando la agencia me envió de nuevo a Viana de Cega, ese pueblo de Valladolid donde la gente parecía especialmente propensa al cáncer.

Allí fue donde comenzaron los abortos, tanto espontáneos como inducidos. Allí fue donde, en unos pocos meses, se detectaron los primeros casos de malformaciones en los fetos, donde nacieron los primeros niños vegetales, autistas profundos, sordos y ciegos; los primeros niños condenados nada más nacer.

Allí fue donde se dispararon las cifras de cáncer, hepatitis tipo B, demencia senil y enfermedades neurológicas cuyo nombre apenas sé escribir.

Durante cuatro semanas investigué el tema, como hicieron otros muchos compañeros de la prensa y, por supuesto, los servicios sanitarios.

Durante cuatro semanas dimos palos de ciego, surgieron teorías sensacionalistas, y yo viví en un estado de temor creciente al ver cómo a lo largo y ancho de España, más y más mujeres embarazadas perdían a sus hijos o daban a luz bebés carentes de una mente que pudiera llamarse humana.

Y, en la cuarta semana, descubrimos la conexión, la única cosa que relacionaba al noventa y nueve por ciento de los enfermos. No era la patología, ni el grupo de edad, ni sus antecedentes médicos o su dieta. No era nada de eso.

Resultó mucho más simple. Lo único que les conectaba, y que en principio no se había tenido en cuenta, era que se habían vacunado contra la gripe A.

Paralelamente, en todo el mundo empezaron a repetirse sucesos como los de Viana. La localidad quedó en cuarentena, la primera entre muchas, pero aquello no sirvió de nada. Yo me vi separado de Carolina, con el pueblo rodeado por el ejército de tierra, vigilado por policí- as y médicos tan aterrorizados como yo.

Eso me salvó la vida.

Hasta mayo de aquél año funesto, seguí en Viana. Para entonces, el número de cánceres de mama diagnosticados en España superaba los ciento veinte diarios, cuando seis meses atrás estaba en cuarenta. Es sólo un ejemplo.

El sistema sanitario se colapsó en pocas semanas. Todo el mundo sufría enfermedades nuevas, o temía sufrirlas. Hubo doscientos mil abortos espontáneos en el mes de abril, y después de ese mes, simplemente perdimos la cuenta.

De todo el mundo llegaban noticias similares, y la paranoia se apoderó del planeta.

Tan sólo en África y América del Sur la muerte parecía respetar a la raza humana, como si hubiera decidido castigar al mundo desarrollado e igualar las cosas con su afilada guadaña. Una guadaña que para el verano debía estar ya mellada por el uso.

Trato de escribir de forma objetiva, pero es imposible no recordar las primeras imágenes, las fotografías de cementerios saturados, con brigadas de obreros derribando sus tapias mientras otros obreros cavaban en la tierra aún cubierta de escombros nuevas tumbas, tumbas que ya tenían nombres asignados. Y la inmensa mayoría de los nuevos muertos se vacunaron.

Yo también me había vacunado, al igual que mi amada Carolina, pero por algún motivo seguíamos sanos.

Aunque nunca he sido muy creyente, o lo he sido de esa forma apática y costumbrista en que tantos lo son en este país, empecé a asistir a la misa de los domingos. El párroco, don Francisco, dedicaba el tiempo de sus homilias a rogar por los enfermos, consolando a quienes sufríamos la obligada cuarentena.

Pero pronto, el tono de sus sermones cambió, y comenzó a hablar de penitencia, de las plagas de Egipto y de la prueba a la que Dios nos sometía. Recordó, y eso no lo olvidaré mientras viva, cómo el Sumo Pontífice nos había pedido, meses atrás, que rechazáramos la medicina oficial, que depositáramos nuestra fe en Cristo.

Ahora, dijo el párroco, con los ojos brillantes y el rostro tenso, Dios premiaba a quienes habían superado la prueba.

Oigo motores. Coches, posiblemente los jeeps de los Depuradores. Me pregunto si ya saben dónde estoy. He de esconderme.

Lo bueno de los cuentos de hadas no es que nos muestren a los dragones, sino que nos enseñan a creer que podemos vencerlos. Chesterton.

Leo la frase, bordada en pulcra letra negra sobre un tapete de color crema, que cuelga en la pared del despacho de mi jefe, Sebastián Olmedo.

Siempre, cada vez, he sonreído al leerla, pensando en las hábiles manos de su esposa, que tejieron aquella pequeña obra de arte años atrás.

Ahora, el 12 de mayo de 2014, no sonrío. Hace un año que enterré a Carolina, y al bebé nonato de ocho meses que habría sido mi hijo. Ninguno de los dos cayó víctima de la pandemia, lo que habría sido quizá un consuelo, pues mi desgracia estaría compartida con la de los familiares de setecientos ochenta millones de personas.

Yo les maté, eso fue lo que ocurrió, con ayuda de este hombre enflaquecido y severo que se sienta tras el escritorio.

Sebastián Olmedo enciende un cigarro, y me ofrece uno a mí. Ambos sabemos que el cáncer de pulmón no nos matará, o si lo hace no estará causado por el tabaco, así que fumamos tranquilos mientras él estudia los nuevos datos que le he pasado, pulcramente mecanografiados a doble espacio. Ya no nos fiamos de los ordenadores, no son seguros, no son privados.

Doy una calada al cigarro y trato de hacer un anillo, pero nunca se me ha dado bien. Miro hacia atrás, a través de las cristaleras que tabican el despacho.

La oficina de redacción está ocupada por apenas ocho personas, la tercera parte de las que debería haber en cualquier momento. Los ocho fuman. Manolo Rodríguez incluso está bebiendo una cerveza. Era nuestro experto en deportes, pero ahora no hay ninguna competición en marcha en todo el continente, yo he matado a mi familia y nunca más jugaremos la Champions, y mi mujer se pudre bajo tierra, metida en un féretro, féretro ella misma de mi hijo.

Sacudo la cabeza y doy otra larga calada al oír la voz de Sebastián. Eso me da tiempo para borrar las imágenes y sorber con fuerza por la nariz, deteniendo así las lágrimas.

-Voy a sacar esto a la luz –me dice con voz segura.

Me encojo de hombros. En este breve tiempo, hemos alcanzado los setecientos noventa millones, poco más o menos.

-Nos matarán si lo hacemos –sentencio, y mi voz es tan desapasionada y grotesca como el grito de un orgasmo fingido.

-Nos matarán de todas formas –sus ojos, planos y cansados, se posan sobre mi anillo de bodas-. Por lo menos, morir matando.

Se levanta y me da una palmada en la espalda, fuerte, viril.

Otro tal vez habría dicho, hoy hace un año del atropello de tu mujer, lo siento. Pero él es así.

Retrocedo de un salto. La oficina desaparece, estoy en medio de una calle, esperando que el semáforo se ponga en verde para los peatones. Al otro lado de la calle, ella sonrío y me saluda con la mano.

Lleva un vestido estampado de flores, veraniego. El día es caluroso y a mí me sobra la corbata. Le lanzo un beso y alzo mi ramo de flores, como un campeón victorioso. La gente

muere alrededor, la pandemia está comenzando, pero aún hay flores para los amantes, aún se puede vencer a los dragones.

Eso creemos.

El semáforo se pone en verde, y ella empieza a cruzar, haciéndome señas para que espere. Sobre el vientre abultado, el mágico cofre de mi tesoro, flamea un estandarte de primavera.

El coche pasa a toda velocidad, escuchamos a la vez el motor demasiado revolucionado, giramos las cabezas a la vez, morimos a la vez cuando el conductor la embiste a más de sesenta kilómetros por hora, cuando sus gafas de sol salen despedidas, cuando la sangre salpica el suelo y su cuerpo, sus cuerpos, nuestros cuerpos, ruedan por el asfalto.

El ramo de flores se me cae de las manos, y las gafas de sol, con los cristales rotos, golpean el bordillo, rebotan en mis piernas y se posan como una mariposa muerta junto a las flores.

-Los Depuradores están empezando a actuar con todo descaro. Ningún gobierno está ya capacitado para detener sus Brigadas de Limpieza –digo mientras cruzamos la oficina.

Sebastián asiente, objetivo. Constata un hecho que no parece preocuparle.

Llama la atención de todos con dos fuertes palmadas. Ha perdido quince kilos desde que empezó el fin, pero aún exuda energía y fuerza.

En un breve parlamento, casi una arenga, explica a los supervivientes de la agencia nuestros descubrimientos, más bien la confirmación de nuestros temores.

La vacuna contra la gripe ha matado a... ochocientos millones de personas. Alguien manipuló el timerosal, una sal de mercurio que se ha usado siempre en las vacunas por sus capacidades antimicrobianas. Los muertos de nuestro fin del mundo están cayendo como moscas por exposición al mercurio.

Ahora sabemos cómo. Ahora sabemos quién.

En el exterior suenan sirenas de policía. Uno de los efectos de la vacuna, de la sobreexposición al mercurio, es el aumento de la irritabilidad. En parte, eso ha detonado los disturbios, el vandalismo y las agresiones. Al principio. Luego, la falta de recursos agravó el problema.

La gente muere por crisis nerviosas, la gente se queda ciega, la gente muere por afecciones galopantes de riñón, cerebro, trastornos conocidos pero que se desarrollan a velocidades hasta entonces nunca vistas.

Daremos luz a la noticia. Los Depuradores vendrán a por nosotros, como hace un año fueron a por mi familia y después, en un ramo de flores que enviaron para el funeral, me dejaron una tarjeta que sólo rezaba "Abandona mientras puedas".

Sebastián nos ofrece la oportunidad de irnos, de desvincularnos de la agencia. Nadie lo hace.

Casi todos han perdido ya a familiares y amigos, o padecen algún trastorno que les matará pronto.

Todos están cansados de vivir en este nuevo mundo, plagado de predicadores, supermercados vacíos, empresas en quiebra, guerras que sacuden las fronteras de los países desarrollados desde un mundo que antes era pobre y emigraba, y ahora es pobre y ataca.

Sebastián asiente. Todos estamos juntos. Los datos vuelan hacia todas las agencias de información, todos los ministerios, todos los corresponsales. Vamos a morir hoy mismo.

Ochocientos diez millones. Subiendo.

Me despierto con un grito apenas contenido. Un motor que se aleja. Tres horas después, me atrevo a asomar la cabeza fuera de la bodega en la que me he refugiado al oír llegar a los Depuradores, o quien fuera.

Llevo un CETME, robado a un soldado muerto hace año y medio, pero no sé si podría dispararlo.

No lo sabré hoy. Se han ido. Sigo vivo.

Tengo que terminar en seguida. Esta noche huiré a las montañas, el pueblo ya no es seguro. Dejaré estas páginas ocultas en el sótano, y escaparé con lo imprescindible.

No puedo perder más tiempo.

La OMS había previsto que una pandemia como la que se esperaba de la Gripe A mataría a ciento ochenta millones de personas en todo el mundo. El mercurio de la vacuna mató veinte veces más.

Los sistemas sanitarios se colapsaron, la fabricación de alimentos, medicinas, de todo lo necesario para que el mundo siguiese su curso normal... todo ello, simplemente terminó.

Huí de Madrid pocas horas después de que nuestra investigación se distribuyera a todas las agencias de noticias que aún trabajaban en el planeta, publicándose también en Internet.

No sabíamos hasta qué punto la red era controlada por quienes habían desatado el caos en el planeta, pero teníamos que pensar que no había tiempo para nosotros.

Salir de Madrid, con tan sólo unas latas de conservas en una mochila y mucho miedo, fue más sencillo de lo que creía. Pero también fue la experiencia más deprimente de mi vida.

Las calles estaban plagadas de coches mal aparcados, muchos con los cristales rotos o las puertas forzadas. El atasco era mayor cuanto más lejos del centro me llevaban mis pasos. Patrullas del ejército recorrían toda la ciudad, cargando en camiones descubiertos los cuerpos de los muertos.

Algunas casas ardían, reducidas a escombros, brasas gigantescas que escupían su humo dulzón, fragante de carne humana abrasada, a un cielo cada vez más gris.

Toda la ciudad olía a muertos enterrados, a descomposición, a seres humanos fallecidos solos y olvidados en sus casas, en sótanos, en garajes, muertos de nadie que nadie había recogido ni retirado.

Supongo que murió más gente por las infecciones y los disturbios que por la vacuna asesina. No sé si estaba previsto así, o si a nuestros verdugos se les escapó el control de la situación.

En todo caso, esto es lo que ocurrió.

El mayor inversor a nivel mundial en laboratorios de investigación clínica, es decir la iglesia católica, había decidido mezclar ciencia y creencia a un nivel hasta entonces desconocido, sólo soñado por los locos.

Durante años, investigaron y probaron, testeando en sus modernos laboratorios alquímicos hasta conseguir una vacuna capaz de matar, de envenenar por la acción del mercurio a quienes se la inoculaban.

Cuando la consiguieron, probando con conejillos de indias humanos en sus misiones del tercer mundo, donde la gente moría sin salir en ningún noticiario, sólo tuvieron que poner en marcha su inmensa maquina publicitaria, creando la psicosis de la pandemia.

Y después, el llamamiento del Papa a la fe, a recurrir a Dios como remedio para el mal, confiando en Él y no en la medicina.

Quienes no escucharon ese llamamiento, quienes a ojos de la iglesia no tuvieron fe, fueron castigados. Castigados con una vacuna que en realidad mataba. Fabricada y distribuida a nivel mundial por ellos. Controlada por ellos. Diseñada por ellos.

Millones de personas nos vacunamos, los países desarrollados en primer lugar, y millones cayeron enfermos. Murieron, castigados por la falta de fe, por no haber obedecido el mandamiento papal.

Algunos sobrevivimos a la vacuna, quién sabe por qué. Los Depuradores, grupos armados de fanáticos religiosos, más letales que cualquier integrista con un cinturón de bombas, recorren el planeta buscando a esos supervivientes, a quienes ahora se niegan a apoyar y reconocer al único gobierno coherente que permanece, poderoso e incólume, protegido por miles de hombres armados, en las antiguas salas del Vaticano.

Somos proscritos en nuestro propio planeta, mientras el mundo se desangra en una guerra en la que cada hombre es un ejército.

Muchos viven escondidos, como yo. Otros se organizan en bandas armadas, viviendo del caos, paseando como señores de ciudades vacías y alimentándose de lo que roban o cultivan en solares abandonados.

Otros tratan de reorganizarse, de volver a la civilización que conocíamos. Pero el control es de los Depuradores, una horda alimentada por ejércitos inagotables, hombres y mujeres provenientes de los países tercermundistas, donde no se distribuyeron las vacunas.

Son los mismos que, por su fe, hicieron caso a los distintos pontífices y se negaron a usar preservativos durante décadas, prefiriendo morir de Sida que desobedecer lo que su fe les indicaba, o tal vez muriendo por simple ignorancia.

La diferencia no es importante, supongo.

Sólo importa lo que ocurrió, y sus consecuencias. Sólo importa que el mundo ha muerto, reducida su población en un sesenta por ciento. El planeta es grande, aunque no sé si tan grande para enterrar a todos los muertos.

El pontífice de Roma ha proclamado el reino de Dios en la Tierra, y el Infierno posterior para quienes lo desobedezcan.

Yo no veo la diferencia.



EL AGUJERO

Tamara Díaz

La noche era tranquila a pesar de las nubes densas y blanquecinas que se estaban acumulando de nuevo sobre la ciudad y que vaticinaban una nueva tormenta. Quizás fuese ese el motivo por el que las calles se mantuvieran silenciosas y vacías a pesar de que todavía quedaban un par de horas para que el toque de queda entrase en vigor. Molly se revolvió incómoda desde su escondite tras un muro derruido que, posiblemente, fuese parte del edificio que se alzaba ruinoso a sus espaldas. Llevaban varias semanas vigilando aquella zona y todavía no habían visto nada que sirviese para confirmar nuestras sospechas.

Unos meses atrás el Gobierno había decretado un estado de excepción debido a una crisis alimentaria causada por las tormentas de ácido que se habían hecho más frecuentes desde que habían reabierto una de las centrales nucleares que sobrevivió al terremoto. Ese estado incluía no solo el toque de queda, sino también una restricción en el reparto de alimentos. Muchas familias humildes estaban pasando hambre y ya habían muerto algunos niños debido a las restricciones.

—Molly —susurró la figura que se escondía a su lado—. Viene alguien.

Molly asintió a su compañero y se agazapó todavía más entre los escombros. El traje gris oscuro y la ceniza con que cubrían su pelo y su rostro les hacía casi invisibles al ojo humano, así que ambos mantuvieron la calma mientras veían acercarse un desvencijado camión. Molly le hizo una seña a su compañero y él asintió levemente con la cabeza antes de sacar una mini cámara negra que había mantenido cubierta con su cuerpo. Con movimientos precisos, el joven colocó la cámara en un hueco que habían hecho para ese propósito, de manera que la cámara pudiese captar todo lo que sucediese ante aquel enorme almacén. Molly sonrió cuando vio que Jake lo había conseguido, pero su sonrisa se evaporó al escuchar voces tras el camión.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —comentaba una de las voces—. Carga el camión y dirígete hacia el punto de control, allí te estarán esperando y te ayudarán a descargar.

—¿Y mi pago? —preguntó otra voz, seca y con acento humilde, una voz que Molly conocía estupendamente bien.

Jake abrió la boca para decir algo, pero el gesto silencioso de su compañera le hizo callar. Ninguno podía ver bien la escena, ya que el camión se interponía, pero escucharon cómo las puertas del edificio se abrían y un nuevo intercambio de palabras, esta vez susurradas.

—Señor Knight.

—No me llames por mi nombre, estúpido —le regañó el señor Knight, visiblemente molesto—. Te lo he dicho mil veces, Jamie, si quieres que te pague sólo tienes que hacer lo que te digo y guardar silencio. ¿Tan difícil es? ¿Tan poco te preocupa el bienestar de esa hija tuya?

—No, señor, ya sabe que no diré nada —admitió el otro y Molly sintió que su rostro se encendía de rabia—. ¿Protegerá a Molly, verdad?

—Por supuesto, Jamie —aseguró la voz—, la pequeña Molly no correrá ningún peligro mientras que tú nos ayudes. Ese es el trato. Te he preparado una caja con tu pago. Ya sabes que nadie debe sospechar, ¿entendido? Así que raciona la comida que te doy.

—Por supuesto, señor. Muchas gracias, señor.

—Ahora vete —ordenó el señor Knight—. Hemos perdido un tiempo precioso.

El camión arrancó dejando tras de sí una cortina de humo negro y espeso, pero al retirarse tanto Molly como Jake pudieron ver la cara del señor Knight. Era un honestior, sin duda alguna. Su constitución fuerte y sus ropas de calidad lo demostraban. Ninguno de los humiliores podría haber comprado los vaqueros que ese hombre llevaba, ni podría permitirse el lujo de dar una calada a un cigarro. Molly se tensó en su puesto deseosa de salir de su escondite y dar una paliza a aquel hombre, pero la mano de Jake se posó en su hombro y ella se tranquilizó al instante. El señor Knight miró hacia los escombros, como si hubiese visto algo que le llamase la atención y los dos jóvenes se tensaron al pensar que habían sido descubiertos. Sin embargo, el hombre se limitó a sacudir la cabeza y entrar en el edificio.

—Molly...

—Hay que informar de esto. Ya tenemos las pruebas que necesitábamos para...

—Molly, no puedes entregar a tu padre —murmuró el muchacho con los ojos azules abiertos por el espanto—. Es tu padre, Molly. Debe haber alguna explicación para...

—No, Jake, no hay excusas para colaborar con esos cerdos que nos están asfixiando. No hay excusas para ayudarles a matarnos de hambre a cambio de comida y protección —dijo ella con el rostro encendido por la rabia—. Mi padre ha elegido su bando y ha escogido mal. Ahora vámonos.

Jake suspiró, pero no abrió la boca. Conocía demasiado bien a Molly como para saber cuándo era imposible razonar con ella. Quizás el camino hacia la central le sirviese para recapacitar. Ambos se levantaron sigilosamente, intentando que sus músculos, dormidos después de tanto tiempo de inactividad, reaccionasen, y echaron a andar ocultos en las sombras de la noche.

Molly caminaba en silencio, aunque su cabeza burbujeaba con miles de preguntas sin respuesta. No entendía por qué su padre estaba haciendo aquello, por qué había traicionado a su gente por un poco más de comida. Precisamente él que siempre se había quejado del modo en el que los honestiores les trataban. Él que había pasado varios años de su juventud en una cárcel del Gobierno por manifestarse... ¿Qué había cambiado? Volvió a recordar la conversación que había presenciado y pensó que había algo que no le cuadraba. ¿Por qué su padre había insistido tanto en su protección? ¿Acaso le estaban amenazando con hacerla daño si no colaboraba? ¿O era algo peor? ¿Y si el Gobierno sabía que ella formaba parte de la resistencia? ¿Y si todos sus planes no eran tan secretos como ellos pensaban?

—Jake —dijo parándose en seco en mitad de la calle.

—¿Qué pasa, Molly? —preguntó él asustado al ver a su amiga con el rostro descompuesto.

—Tenemos que hablar con mi padre —admitió y Jake sonrió—. Tengo un mal presentimiento...

—Está bien, Molly, me alegra que hayas entrado en razón. Vamos, iremos a tu casa y esperamos a que venga tu padre. Así podrás preguntarle lo que quieras.

El edificio en el que vivían Molly y su padre no estaba lejos de allí, pero el camino se le hizo eterno a la muchacha. Al llegar lo primero que vio fue el fuego que los vecinos mantenían encendido constantemente en la sala común, es decir, en el hall del edificio. Allí era donde pasaban el rato, sobre todo cuando el frío era demasiado intenso, y por eso mantenían aquella fogata encendida. Los pisos superiores se habían convertido en habitaciones. Molly y su padre vivían solos en el cuarto piso desde que su madre y su hermana murieron durante una redada. De momento el Gobierno no les había asignado compañeros, pero tarde o temprano eso sucedería. Molly suspiró con tristeza mientras pasaban junto al jardín de la antigua comunidad de propietarios que ahora se había convertido en un triste cementerio en el que se acumulaban los cuerpos de aquellos vecinos que iban muriendo, ya fuera por enfermedades, por el hambre o por las redadas. Allí también descansaban los cuerpos de su madre, Maggie, y de su hermana, Hope, que solo tenía diez años.

—Molly —llamó Jake en voz baja—. ¿Ese tío es vecino vuestro?

Molly se paró junto a la valla del jardín y siguió la dirección de la mirada de Jake. Un hombre desaliñado se apoyaba descuidadamente en la entrada del edificio. Molly negó con la cabeza antes de fijarse mejor en el hombre y llegar a la conclusión de que no era vecino ni humillor, su rostro falto de arrugas y sin las ojeras que caracterizaban a los trabajadores de aquella zona le delataban.

—¿Un espía? —preguntó ella susurrando—. ¿Qué hace aquí?

—No lo sé, pero esto no me gusta —comentó Jake mirando nervioso a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más—. ¿Qué hacemos?

—Ven, te voy a enseñar mi entrada secreta.

Se escabulleron aprovechando la oscuridad que envolvía la calle y atravesaron el jardín-cementerio con cuidado, evitando pisar las tumbas. Cuando llegaron al otro extremo, Molly señaló la entrada a un antiguo garaje.

—¿No habían bloqueado todos esos sitios?

—Sí, los bloquearon y yo desbloqueé este—admitió ella con una sonrisa espléndida—. Tenía curiosidad por saber qué había ahí dentro.

—Estás loca, Molly —comentó él sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto tardaste? ¿Y cómo has conseguido que no te descubran?

—Tardé dos noches —explicó ella mientras caminaba con seguridad hacia la rampa—, y no me han descubierto porque... bueno, mejor lo ves tú mismo. ¡Vamos!

Cuando llegaron junto a la gran puerta de acceso, Jake entendió lo que quería decir Molly. La gran puerta de metal estaba completamente oxidada debido al tiempo que había pasado sin cuidados y el precinto que los enviados del Gobierno renovaban aleatoriamente estaba intacto, como si nada ni nadie lo hubiese tocado nunca. Jake miró a Molly sin entender muy bien cómo iban a acceder por allí hasta que vio a Molly luchando para levantar la rejilla del desagüe.

—¿Esa es tu entrada?

—No te preocupes. —Le tranquilizó—. Desde fuera parece pequeña, pero realmente es bastante profunda y ancha si sabes por dónde meterte. Justo ahí hay un foso, supongo que para

evitar que el garaje se inundase. Lo único que tuve que hacer fue agrandar el agujero que ponía en contacto este canal con el foso.

—Eres un genio.

—¿Acaso lo dudabas?—preguntó ella divertida—Venga, no podemos estar aquí todo el día.

En las noches de invierno como aquella los vecinos abandonaban la soledad y frialdad de sus dormitorios para cambiarla por el concurrido y caldeado ambiente de los pasillos, donde se amontonaban las sábanas y mantas. Jake y Molly pasaron entre los bultos que ya dormitaban y saludaron con la cabeza a algunos vecinos que todavía se mantenían en pie. Subieron las escaleras que llevaban al cuarto piso donde Molly y su padre vivían, pero se detuvieron al llegar al primer recodo y oír las voces apagadas.

—¿Tobías todavía no ha visto a la chica?

—No. ¿Aquí tampoco está?

—Por aquí no ha pasado nadie y ya empiezo a cansarme de estar aquí plantado como un imbecil. Quiero irme a tomar un trago, tío.

—Bueno, pues hasta que la chica no aparezca ni lo pienses.

Molly miró a Jake y sin hacer ruido empezaron a retroceder para alejarse de las voces de aquellos hombres que, según parecía, montaban guardia para encontrarla.

—¡Molly!

La muchacha se giró con el corazón desbocado para encontrarse cara a cara con uno de los niños a los que cuidaba durante sus días libres. Quiso gritarle, pero las voces de sus vigilantes se oían cada vez más y el sonido de las botas sobre las baldosas desgastadas anunciaba que ellos también habían oído al muchacho.

—¡Vete de aquí, Juan!

Molly no pudo asegurarse de que el muchacho hiciera lo que había dicho. Simplemente empezó a bajar las escaleras a todo correr mientras evitaba las baldosas sueltas y los agujeros que poblaban el suelo.

—Sígueme —susurró Molly.

Molly abrió la puerta de acceso al hall del edificio y dejó que se cerrara con un portazo antes de seguir corriendo escaleras abajo hacia el garaje sellado. Jake la miró horrorizado, consciente de que allí abajo no tendrían salida y estarían atrapados, pero la muchacha le sonrió y se deslizó entre las sombras invitándole a guardar silencio.

—¡Corre, idiota! ¡Han salido al hall!

—Entonces ya es nuestra. Tobías se encargará.

El golpe de la puerta al cerrarse se llevó también las voces y Jake suspiró aliviado antes de salir de su escondite.

—Joder, Molly, ha estado cerca.

—¿Qué narices está pasando?

—No tengo ni idea, pero tenemos que salir de aquí antes de que vuelvan y descubran que seguimos aquí.

—Vamos al garaje. Allí podremos pararnos a pensar nuestro siguiente paso.

La oscuridad en aquella zona era absoluta y los chicos avanzaban a tientas, intentando no tropezar ni hacer ruido. Andaban en silencio, por lo que no tardaron en reconocer el sonido de unas pisadas que no eran las suyas. Los dos se pararon en seco y, aunque no se veían, se miraron con ansiedad antes de caminar de la mano hacia un coche abandonado. Se arrodillaron y esperaron con los corazones latiendo a mil por hora.

—¡Molly!

—¿Papá? —preguntó ella saliendo de su escondite.

—Espera, hija, no te muevas.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías que estaba aquí abajo?

—Imaginé que irías a un lugar seguro.

Molly apoyó su mano en el hombro de su amigo para indicarle que debía quedarse donde estaba y entonces salió de su escondite. Su padre avanzaba hacia ella con una linterna en la mano.

—¿Cómo es que tienes una linterna, papá? El gobierno no permite que nadie más que los guardias tengan una...

—Hija, esto es más importante de lo que tú piensas —dijo él y Molly se alejó más del coche en el que Jake se mantenía oculto—. Debes cooperar, cariño, e ir con ellos.

—¿Me has vendido? —No pudo evitar que la decepción se reflejase en su voz al comprobar que su padre no estaba solo—. ¿Qué te han dado, papá? ¿Una linterna y comida? ¡¿Has vendido a tu hija por esas miserias?!

—Molly... —sollozó su padre—. Sé que es difícil de entender, pero esto es importante. El Gobierno te necesita... os necesita a todos para terminar con esto.

Los hombres avanzaron con seguridad y rodearon a la muchacha que miraba a su padre con los ojos inundados en lágrimas. No podía creerse que el hombre que siempre había cuidado de ella, el que había secado sus lágrimas tras la muerte de su madre y su hermana, estuviera ahora allí mismo, entregándola a los representantes de un sistema corrupto que se había aprovechado del miedo y de la confusión general. No podía entender cómo aquel hombre que había conocido la libertad de la democracia y le había hablado tantas veces de ella ahora diese la espalda a sus ideales y a su propia hija. Quizás por eso Molly no se resistió cuando aquellos hombres la agarraron con firmeza y ataron sus manos a la espalda como si fuese una vulgar ratera. Ella sólo podía llorar y desear que Jake fuese lo suficientemente listo como para permanecer en silencio. Ahora ella dependía de él. De aquel muchacho de ojos castaños que observaba la escena horrorizado y asombrado desde las sombras.

Molly recordó las historias que les contaban sus padres a su hermana y a ella las noches de invierno, cuando el viento era tan fuerte que ellas apenas podían dormir. Su padre decía que antes el mundo estaba lleno de vida y de libertad. Que todos eran libres de elegir casa e incluso compañeros de hogar. Que había gente que vivía sola y gente que prefería vivir con otros. Les hablaba de los coches, del fútbol y del béisbol. Les describía el olor de las palomitas y de los perritos calientes en las calles de su ciudad natal. Luego todo terminó.

Sus padres eran unos niños cuando el mundo se fue a pique y empezaron las huidas masivas. Las carreteras se colapsaron y todo el mundo quedó envuelto en el desagradable aroma del caos cuando las comunicaciones se cortaron y todo quedó en silencio. Su padre les había dicho que mucha gente no pudo soportar aquel silencio, aunque Molly no entendió lo que aquello significaba hasta mucho después, cuando había visto al señor Donovan lanzarse por la ventana del décimo piso. El señor Donovan no pudo soportar la muerte de su esposa y fue entonces cuando Molly entendió la cruda realidad que las palabras de su padre escondían.

En mitad del caos había aparecido un nuevo grupo de líderes. La gente les aplaudía y les seguía. Parecía que todo iba a recuperarse. Instauraron un Gobierno e hicieron un censo de los supervivientes. Desarrollaron las magistraturas y dividieron la sociedad para, según ellos, poder controlar mejor las necesidades de cada grupo. Y ahí empezó la dictadura. Aquellos que fueron agrupados bajo el nombre de humiliores se vieron obligados a aceptar una vida llena de penalidades y restricciones que garantizaban que los honestiores mantuviesen un cierto grado de comodidad. Al principio pocos habían protestado, pero las diferencias fueron ampliándose cuando la comida empezó a escasear.

Ahora Molly estaba en el corazón del gobierno. Allí donde los honestiores vivían ajenos a la dura realidad que golpeaba día tras día a los humiliores. Un lugar en el que el agua caliente no era un lujo, sino un derecho; y donde los niños comían tres veces al día mientras los niños humiliores morían de hambre en sus casas. La muchacha apretó los puños y frenó su marcha para admirar las casas en perfectas condiciones en cuyos jardines algunos niños jugaban.

—Sigue andando —ordenó uno de sus captores.

Y ella siguió andando mientras notaba las lágrimas resbalar por sus mejillas al sentir la rabia y el dolor en su pecho.

—¿Dónde me lleváis?

—Ya lo verás.

Molly no se podía creer lo que veía. Delante de ella se alzaba una alambrada de varios metros de altura con espinos en lo alto para disuadir a los que intentasen saltarla y tras la alambrada pudo ver los rostros inexpresivos de varios chicos de su edad. La muchacha se detuvo en seco a pesar de los empujones de sus captores. Aquellos chicos no parecían responder a ningún estímulo, sino que parecía estar dormidos allí detrás, como si nada importase. Y Molly entendió que había descubierto la solución para uno de los misterios que tenía a los rebeldes preocupados: la desaparición de los jóvenes. No hacía demasiado que chicos jóvenes habían empezado a desaparecer y ella acaba de descubrir dónde acababan aquellos desaparecidos.

El guardia que esperaba en la puerta les miró y sonrió a sus captores sin apenas reparar en ella.

—¿Otra más para el rebaño?

—Sí —dijo uno de los que la habían acompañado—. Es la hija del mensajero, así que procura no hacerla demasiado daño.

—¡Ah! No os preocupéis. —sonrió dejando ver los dientes amarillentos—. Cuando termine con ella no sentirá nada.

La muchacha sintió escalofríos ante aquellas palabras, aunque no eran solo las palabras, sino la mirada de aquel guardia y el tono que había usado para decirlas.

Molly protestó y pateó mientras los guardias la empujaban hacia el interior del edificio. Sin embargo, el golpe seco de un arma en la cabeza consiguió que su cuerpo se quedase flácido y permitiese a aquellos hombres arrastrarla sin apenas dificultad mientras ella luchaba contra la cortina que amenazaba con llevarse su consciencia. Necesitaba estar consciente si quería tener una oportunidad. Gimió cuando uno de sus opresores volvió a empujarla y su cuerpo cayó contra un suelo frío y húmedo. Rodó sobre sí misma a pesar de que la cabeza la daba vueltas y pudo ver cómo una puerta de metal se cerraba dejándola en la más completa oscuridad.

—Vamos, muchacha, tienes que beber algo.

Molly intentó protestar, pero sentía la boca tan seca que su lengua parecía un trapo inservible. Gimió cuando unas manos huesudas la obligaron a incorporarse y pusieron sobre sus labios un cuenco repleto de un agua de sabor metalizado. Tosió un par de veces cuando su garganta intentó tragar más deprisa de lo que podía, pero siguió bebiendo y notando el efecto del agua en su organismo. No podía recordar cuánto tiempo había estado inconsciente en aquel lugar y tampoco recordaba cuándo había bebido por última vez, pero el dolor de su garganta al tragar era lo suficientemente elocuente.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—No hay de qué, muchacha —respondió su misterioso compañero—. Para eso estamos.

—¿Quién eres?

—Eso ya no importa, ¿no crees? —dijo y Molly pudo sentir la amargura que impregnaba su voz—. Antes me llamaban Layla.

—Yo soy Molly.

—Bueno, Molly, pues bienvenida al agujero.

La muchacha se incorporó y, a pesar del dolor sordo en la cabeza, consiguió observar el agujero en el que se encontraba. A pesar de que la luz era escasa, Molly pudo adivinar que aquel lugar era bastante grande y la humedad que emanaba del suelo evidenciaba que se encontraban en algún lugar bajo tierra. Quizás alguno de los antiguos túneles de los que su padre la había hablado en alguna ocasión. Túneles por donde solían circular grandes y veloces trenes que servían para unir todas las zonas de la ciudad. Sin embargo, el Gobierno había dicho que aquellos túneles no eran seguros, que se habían anegado durante las riadas iniciales y que no habían podido renovar su servicio.

—¿Dónde estamos?

—El lugar en el que esperamos a ser elegidos —explicó Layla.

—¿Elegidos? ¿Para qué exactamente?

—Si pasas las pruebas médicas, entrarás a formar parte de los candidatos a los experimentos secretos del Gobierno y, cuando llegue el momento, saldrás de aquí y ya no volveremos a vernos.

—No entiendo nada... —musitó ella llevándose las manos a la cabeza para masajear sus sienas y silenciar así el dolor.

—Nosotros somos el secreto de la impecable salud de los honestiores, Molly. Tú y yo moriremos para que los hombres y mujeres de la parte alta no sientan los efectos de la vejez en sus cuerpos.



LIBERTAD O MUERTE

[David J. Skinner](#)

La densidad del aire parece cambiar, anticipándose al inminente combate. Lo noto. Ya hace casi dos décadas desde que se instauró definitivamente el Nuevo Orden y, casi desde entonces, las fuerzas de seguridad han estado localizando y exterminando a todos los que no hubiesen aceptado el cambio.

Un cambio que supuso la paz mundial. A costa del libre albedrío, por supuesto.

Los primeros disparos se escuchan a lo lejos, cerca de la entrada. Es inútil que coja un arma, como los demás, y me prepare para la confrontación; no hay forma de que sobreviva a este día.

Y, en cierto sentido, casi lo deseo. Me alegro de que el gobierno decidiera que los Centros de Adoctrinamiento suponían un gasto demasiado alto, y que la mejor solución para erradicar a los insurgentes —a mí, a los míos, a los que aún son capaces de decidir por sí mismos— no era convertirlos sino aniquilarlos. Incluso con el chip estoy convencido de que seguiría pensando igual, aunque no pudiera materializar mis pensamientos. Encerrado dentro de un cuerpo que ya no sería mío, pero de cuyas acciones me sentiría responsable.

Se están acercando. Algunos compañeros regresan, corriendo como pollos sin cabeza —algunos sin ella, en realidad—, llenos de heridas y de sangre. Gritando de rabia e impotencia. Yo sabía que esto acabaría así.

Me preparo. Tomo una amplia bocanada de aire y me agacho para agarrar el artefacto, donde un pequeño botón rojo sobresale. Mientras, a mi alrededor, más gritos, más sangre, más decepción y derrota. Súplicas que terminan con un disparo, amenazas que nunca llegarán a cumplirse, llantos que no son capaces de penetrar la armadura de inmutabilidad que llevan los asaltantes.

Entonces, solo quedo yo.

Y ellos.

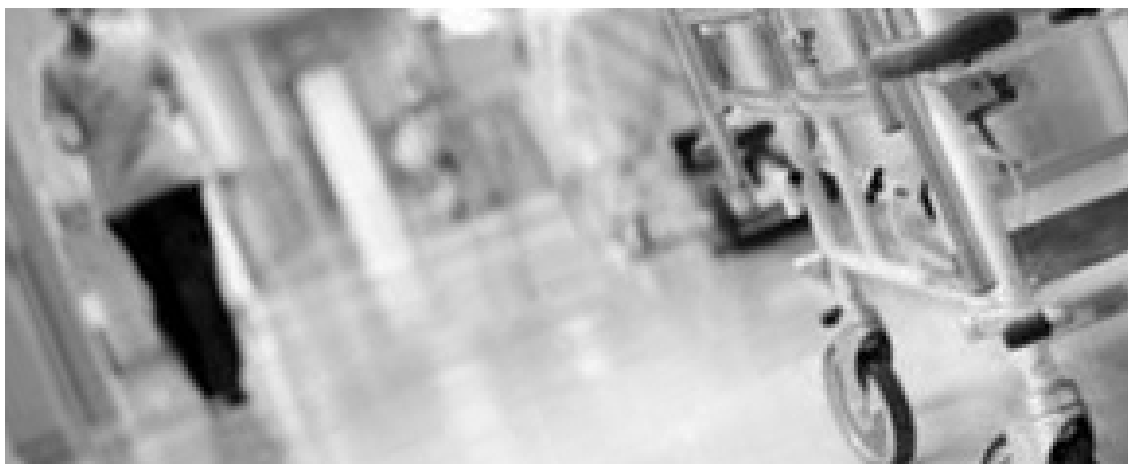
Somos los últimos que resistimos. Lo éramos. Ahora, la única persona capaz de ver la aberración en la que se ha convertido nuestra sociedad soy yo. Sé que no puedo cambiar el rumbo de la humanidad. Incluso acabando con las fábricas, eliminando los ordenadores, matando al líder, todo se regeneraría como las cabezas de la hidra.

Así que pulso el botón. La solución última se pone en marcha. Todos los reactores de todas las centrales nucleares del planeta comienzan a explotar. Siento que decenas de balas atraviesan mi cuerpo, pero, antes de perder la consciencia para siempre, escucho unas detonaciones. Quizá haya gente que sobreviva, que sea capaz de comenzar de nuevo en un mundo distinto. Quizá mi último acto sea el fin de la civilización.

De una forma o de otra, ya no seremos esclavos.

El despertar

[Mc Encinas](#)



Cuando un día despiertas creyendo que te vas a comer el mundo. Cuando el amor llama a tu puerta y tú ilusionado le abres. Entonces crees que nada malo te va a ocurrir, pero al salir de casa, te abordan unos sanitarios que te dicen que estas afectado y te llevan en contra de tu voluntad a unos de los hospitales negros. No entiendes nada. Se han equivocado, seguro. Intento convencerles, pero no me dejan hablar. Me inyectan algo y pronto me siento cansado y mis ojos empiezan a cerrarse. Lucho por no dormir, sin embargo no lo consigo.

Despierto desorientado, hay poca luz. Me incorporo despacio. Estoy en una habitación austera. No hay ventanas y la puerta está cerrada con llave. La golpeo insistentemente intentando que alguien venga. Nada. Pasa el tiempo, quizás horas o días. Tengo hambre y sed. Camino, me siento, me vuelvo a levantar.

Estoy asustado. Había oído hablar de gente que se había infectado. Se las llevaron a los hospitales negros y nunca más se supo de ellos. Pero yo no estoy infectado, me encuentro bien ¿Qué hago aquí?

Por fin escucho un ruido tras la puerta, entonces se abre unos centímetros y alguien lanza dentro de la habitación un trozo de pan. Cierran con un portazo y escucho correrse cierres de seguridad. Corro a recoger el pan y me lo como con ansia.

No ha pasado mucho tiempo cuando escucho un golpe seco y luego la puerta se abre. Confío que sea para traerme algo de beber, estoy sediento. Sin embargo entran dos hombres, llevan ¿armas?. Las había visto en los libros de historia, se utilizaban en las antiguas guerras.

-Ven. -Urge uno de ellos, mientras estira de mi manga.

Salimos a un largo pasillo lleno de puertas; algunas grises, otras blancas, otras moradas. Me hacen correr. Cuando estamos llegando al final, somos interceptados por sanitarios, estos también llevan armas. Los hombres que me llevan disparan las suyas y los tumban. Seguimos nuestro camino. Pasamos junto a los sanitarios y me estremezco al ver brotar la sangre de sus cuerpos. Están muertos, supongo.

No paramos de correr hasta salir al exterior. Allí me obligan a subirme a una furgoneta algo anticuada, dentro hay dos hombres más y dos mujeres asustadas, y confundidas, seguramente yo tenga la misma expresión. Tengo miedo a hablar, a preguntar. Si lo hago, puede que acabe como los sanitarios.

Después de un largo camino, desconocido para mí, llegamos hasta los pies de una montaña, seguramente estemos más allá de los límites de Ciudad Azul. Nos paramos y bajamos. Separan unas matas y ramas dejando al descubierto la entrada de una cueva. Dudo, pero uno de ellos me empuja amablemente para que avance y entre.

Todo está iluminado, hay diferentes salas. A pesar del miedo que llevo puedo reconocer la belleza de las distintas salas con sus estalactitas, cada cual más hermosa. En una cavidad hay una mesa y varias sillas, nos hacen sentarnos.

-¿Tenéis hambre? -Pregunta una joven que sale de entre las sombras. Lleva una bandeja llena de fruta variada. Las mujeres se lanzan literalmente a por la fruta y la devoran con fiereza. Yo sigo sentado, mirando, sin comprender.

-¿Tú no comes? -Me pregunta la joven sonriendo.

Ese hecho hace que me sienta más tranquilo, no parece peligrosa. Me decido y cojo una manzana. Toda una delicia para mi paladar hambriento.

-¿Quiénes sois? -Me atrevo a preguntar.

-Nos gusta llamarnos Guerreros por la libertad. -Contesta un hombre que acaba de entrar.

-¿Libertad? Habéis matado a gente. -Esto último no quería decirlo en voz alta, soy hombre muerto.

El hombre se sienta a mi lado, me observa detenidamente unos segundos.

-Esa gente tarde o temprano serían los culpables de tu muerte. -Habla despacio.

Lo que me dice no tiene sentido. Está mintiendo, ¿porqué iban a matarme los sanitarios? Parece ver mi desconcierto en mis ojos y me pregunta.

-Dime ¿Por qué crees tú que estabas en el hospital Negro?

-Dijeron que estaba contagiado. -Le contestó

-¿Afectado de...?

Me extraña la pregunta, todo el mundo sabe que tipo de pacientes se llevan a los hospitales negros, aún así contesto.

-Afectado del Cromosoma X5 degenerativo. Pero yo no estoy enfermo. Cometieron un error.

-No, no estás enfermo, ni vosotras tampoco -Les dice a mis compañeras.

-¿No? -Decimos los tres extrañados.

-Eso es lo que os hacen creer, a vosotros y a toda vuestra sociedad perfecta. -Eso lo dice con cierta ironía.- Vosotras estabais en una habitación gris, eso significa que no os conformáis con las pautas que han escrito para las mujeres. Tú estabas en una habitación blanca, eso quiere decir que no les ha gustado tus preferencias sexuales, ¿Eres homosexual?

-¿Homo qué..? -No había oído nunca esa palabra.

-Es aquella persona que se ve atraída por personas de su mismo sexo. ¿Es tu caso?

Me quedo helado, ¿cómo lo sabía?, no se lo había comentado a nadie. Me consideraba un raro y creía que era el único hasta que conocí a Aitor, él me confesó que se sentía atraído por mí, que me quería y el amor era reciproco.



-¿Pero..? -No me deja terminar, me hace callar con un gesto de la mano.

-Os hacen creer que vivís en un mundo perfecto. No le falta trabajo a ningún hombre, no hay pobres, ni guerras, ni violencia alguna, las enfermedades están controladas, bueno ese punto es real, la única enfermedad que dicen que resiste es el Cromosoma X5 degenerativo. Pero la verdad es que no es más que vuestra naturaleza real que renace.

No sé el porqué, quizás por su mirada, empiezo a creer sus palabras, por muy absurdas que puedan parecer. Eso me aterra. Si eso es verdad Aitor podría estar en peligro, incluso mi madre, que siempre se queja de su rol de ama de casa.

-¿Y vosotros? -Pregunto.

-Nosotros somos hombres libres que decidimos por nosotros mismos y no por unas reglas establecidas, creadas por hombres sentados en sus butacas de terciopelo negro. Desde allí os dirigen como a marionetas.

Por la cara de las mujeres sé que ellas no le creen, aún así lo escuchan con interés.

-Ahora podéis hacer dos cosas; quedaros con nosotros o volver a los hospitales negros. Si decidís volver tened en cuenta que estaréis de nuevo encerrados, sólo si os eligen saldréis a trabajar en los campos de cultivo a las afueras de las líneas rojas. Allí deseareis que os encierren de nuevo, pues trabajareis sin descanso, noche y día hasta morir de agotamiento. ¿Qué decidís?

Las mujeres murmuran algo entre ellas y luego hablan con voz fuerte y decidida.

-La locura es un síntoma del Cromosoma X5 degenerativo ¿Cómo sabemos que lo que dices es cierto y no delirios causados por tu enfermedad y la de todos los que estáis aquí?

-Tendréis que confiar en nuestra palabra.

-¿Podemos pensarlo?

-No hay prisa.

Entonces presta su atención en mi.

-¿Y tú? ¿También desconfías y quieres pensártelo? -Me pregunta. Yo ya tengo mi respuesta, mi decisión. Recuerdo mis clases y lo que en ella nos enseñaban, ahora todo tiene sentido. Voy a luchar por una libertad que desconozco, por un mundo más real.

-Yo me quedo. -Contesto sin vacilación.

Una nueva vida me espera sin garantías, pero ahora seré yo mismo y lucharé por la libertad de la que siempre me privaron sin yo saberlo.



A nuestra imagen y semejanza

Pepo, el estrafalario

Hace algunos siglos, un par de explosiones atómicas pusieron fin a la Última Guerra Mundial. Las grandes potencias continuaron desarrollando sus armas de destrucción masiva, conscientes de que eran éstas y no la capacidad económica, por más que fuera necesaria para fabricarlas, la base del verdadero poder sobre sus semejantes: el terror. Siempre ha sido así, es una ley natural; el pez grande se come al chico, el fuerte se impone al débil. Los tratados de reducción de este tipo de armamento no fueron nunca más que herramientas diplomáticas vacías de significado.

Los grandes estadistas sabían perfectamente que el rival seguía experimentando y creando armas cada vez más potentes. La carrera espacial había abierto escenarios ilimitados donde se podían realizar ensayos con la mayor tranquilidad, lejos de observadores indiscretos como la opinión pública. Los pocos que tenían acceso a información sensible (astrónomos, investigadores...) fueron debidamente silenciados.

Cuando el cosmos se terminó popularizando (a la larga, tenía que pasar), la ciudadanía se encontró con un panorama que ya no podía controlar. El potencial destructivo había llegado a unas cotas de sofisticación insospechadas, poniendo en peligro a toda la galaxia. Entonces cayeron las máscaras y los verdaderamente poderosos hicieron hincar las rodillas en el suelo al resto de la humanidad. Lo único que se podía hacer ya era aceptar su absoluto dominio o perecer. Los locos que hicieron su enseña de la máxima “más vale morir de pie que vivir de rodillas” fueron tachados de suicidas y anulados –muchas veces de modo cruel- por una mayoría absoluta que no estaba dispuesta al sacrificio, propio y de sus seres queridos, por una simple cuestión de orgullo. Fue el comienzo de un nuevo periodo histórico que se dio en llamar “La Era de la Verdad”, en la que por primera vez a lo largo del devenir histórico todas las cartas estaban boca arriba. Por supuesto, eso no detuvo los experimentos, sino todo lo contrario. Ahora no había que disimular ni buscar subterfugio alguno para ello. A la humanidad le daba igual ser destruida junto a cien o cien mil planetas más.

Y así llegamos hasta hoy. Después de este largo proceso, por fin podemos enorgullecernos de ser capaces de destruir absolutamente *todo* cuanto nos rodea. El hombre ha conseguido emplear todo su potencial para asemejarse de un modo bastante aceptable a su creador. Y todo ese poder se ha ido concentrando, como era previsible, y se ha puesto en las manos de un solo individuo. Yo soy esa persona.

Está muy extendida la creencia de que el poder absorbe y se agota en sí mismo. Nada más lejos de la realidad. El poder se autocuestiona constantemente. No hablo de esos arcaicos debates que pretendían justificarlo, de abajo arriba. El poder no necesita legitimación, ése era un planteamiento que en el pasado servía de base para argumentar a quienes no lo tenían y querían alcanzarlo. Las convenciones sociales son artificiales, nacidas de la mera conveniencia y, como tales, pasajeras, accesorias. Lo verdaderamente importante es la realidad metafísica que subyace tras ese poder y el que lo detenta es el único que verdaderamente puede aprehenderla, en tanto todo tratamiento exógeno de una cuestión ontológica está *ab initio* destinado al fracaso.

Estoy hablando de lo que, de una manera muy simplificada, suele llamarse “el sentido de la vida”. Por supuesto, de mi vida. La de los demás... ¿tiene sentido? Antes de la “Era de la Verdad” podría haberse entendido esta pregunta como una simpleza propia de un espíritu egocéntrico con pocas luces. La verdadera simpleza es no entender que ésta es la única forma de abordar la auténtica esencia del poder. No pueden juzgarse en pie de igualdad realidades que no lo son. No se trata de minusvalorar a nadie, sino de llegar al fondo de la cuestión. Y para eso hay que ser honesto con uno mismo y entender qué papel le ha tocado jugar. Y así, aceptando quién era y dónde estaba, tras innumerables noches en vela y después de analizar pormenorizadamente y con objetividad cuantas tesis era capaz de plantear, a partir de la primitiva filosofía y de la neofilosofía contemporánea, al final lo comprendí.

La obra cumbre de Dios no es el hombre, es el tiempo. El pintor tratar de atrapar la belleza del instante en sus cuadros, intenta captar la sublime delicadeza de una flor en su momento de apogeo, obviando que es precisamente el hecho de que después se marchite y muera lo que hace ese momento hermoso. El instante es bello porque es único, inmediatamente todo ha cambiado; algunos cambios son evidentes, otros imperceptibles. Congelar el tiempo es vaciarlo de contenido, anular su perfecta esencia destructora. A partir de ahí, Dios creó al hombre, al que hizo poseedor de cuanto él carecía, la mortalidad. El novelista enfrenta a su protagonista a gestas que están fuera de su alcance, pretendiendo con este artificio vivir vidas que no le ha sido dado disfrutar. Al principio fue como un juego, pero luego Dios vio que era profundamente hermoso. Los hombres no pueden entenderlo porque les sucede justamente al revés, añoran también lo que no tienen, la eternidad.

De modo que al fin supe que Dios, hastiado de inmortalidad, me había soñado. Se había encarnado en mí. O tal vez yo le había imaginado a él. En el fondo es lo mismo. Se trataba de un suicidio. La forma más hermosa de abrazar la mortalidad es aceptarla *a priori*, eligiéndola como una opción cuando nada te obliga a hacerlo. Pero solo lo puedes hacer una vez. Por eso me eligió a mí.

Una vez que desaparezca el soñador, el sueño ya no tiene sentido. Qué paradoja tan ridícula sería un sueño soñándose a sí mismo. Encontré la clave en *Isaías 28:22*. Yo era la pieza que encajaba en el puzzle, ya que tengo el poder y la capacidad de destruir cuanto me rodea. Y así conocí el sentido de mi existencia y, a través de éste, el de la de cuanto es o ha sido jamás. Por eso decía que mi introspección no buscaba necesariamente una meta egoísta. Conocer el trasfondo metafísico del poder absoluto que detento me ha ayudado a entender el porqué de la vida y del propio cosmos. El hombre lleva cuestionándose desde que se bajó del árbol y, por fin, yo tengo las respuestas.

Esta tarde moriré y conmigo desaparecerá el universo, todo cuanto creé. No tendría lógica lo que voy a hacer si me limitara a destruir una o dos galaxias. Eso sería una simple patalenta infantil. El tiempo seguiría avanzando y algunos mundos remotos que albergan vida continuarían girando sin fin. Por eso han sido necesarios todos estos siglos de evolución y por eso me *he* elegido precisamente a mí para hacerlo. La destrucción será mi obra cumbre, la finitud acogerá lo infinito. La eternidad se disolverá en la fugacidad de un simple instante y nunca nada habrá existido. Dios morirá con el universo y éste desaparecerá con su hacedor, devolviendo el equilibrio a la nada cósmica absoluta. El círculo se cierra.